



SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN

MUERTE BAJO LOS FOCOS

MARK HALLORAN

Muerte bajo los focos

1.^a EDICIÓN
SEPTRE. - 1958



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

312. — ¡Volad, insectos de plomo! — 480. — El hombre de Dodge.

En Colección BUFALO:

27. — Rastros humeantes. 61. — Ha llegado un hombre. 198. — Jinetes en el cielo.

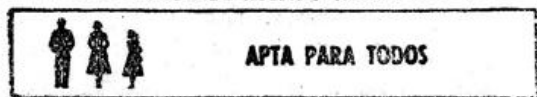
En Colección SERVICIO SECRETO:

413. — Pronóstico mortal. 419. — Silencios de tumba. 422. — Cadáver con faldas.

En Colección CONGO:

4. — Los diamantes de Kwan.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



DEPOSITO LEGAL B 13628 - 1958

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© MARK HALLORAN - 1958

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia



CAPÍTULO I

La rubia era la más gordita de las dos. Fue ella quien le dijo a Sam:

—¿No nos hemos visto antes en alguna parte?

Sam no contestó. Las veía a las dos, la rubia y la pelirroja, que era más flaca, a través del espejo del fondo del bar, pero no las estaba mirando. Había advertido que ocupaban sendos escabeles junto al suyo y llevaba como cinco minutos esperando, si no aquella pregunta, otra semejante; algo, un pretexto para entablar conversación.

Pero no las miraba. Sus ojos estaban fijos en la tercera mesa de pista, comenzando a contar desde el estrado de los músicos.

La pelirroja soltó una risita.

—No te ha oído.

La rubia abrió su bolso de mano, sacó un paquete de tabaco y se colocó un cigarrillo en la boca untada de rojo.

—¿Me da fuego, por favor?

El espejo invertía las imágenes. El topacio que la muchacha de la tercera mesa llevaba en la mano derecha, Sam lo veía en la izquierda. Le hubiera gustado saber qué hacía aquella muchacha allí. No era su sitio. Era, por ejemplo, el sitio de la pelirroja y la gordita, que abordaban a los hombres para que les pagasen una copa y las sacaran a bailar. No el suyo. Ella pertenecía a otra clase.

—Algunos se creen el Superman —dijo la pelirroja, con desdén—. Déjalo correr, Lily.

La gordita se encendió ella misma el cigarrillo.

Murmuró:

—Qué remedio.

La muchacha de la tercera mesa era morena. Sam entornó los párpados y, siempre a través del espejo, dejó resbalar la mirada por sus hombros y sus brazos desnudos. Tenía la tez de un color mate, seco y fino. Llevaba un vestido blanco, de espalda profundamente escotada en V, y a veces, cuando se movía, el escote revelaba el delicado juego de sus músculos dorsales. Pero se movía apenas. Estaba sola. Su actitud serena y distante había desarmado a cuantos acudieron a invitarla a bailar. Sin desprecio, sin altivez. Únicamente con una cansada y amable sonrisa.

Sam bebió un sorbo de su vaso de *whisky* y le notó sabor amargo. Geraldine había sido así: sonrisa cansada y amable, serena, mate y fina la tez, negro el cabello. Lo había sido. Ahora, bajo tierra, en su ataúd, quién sabe cómo sería ya.

Dejó el vaso vacío sobre el mostrador y chasqueó los dedos para llamar al *barman*.

—Otro.

¿Qué hacía allí aquella muchacha? Tras unos minutos de observación, dedujo que lo que hacía era esperar. Una persona o un suceso. Probablemente una persona. Con extraña insistencia, una y otra vez dirigía la mirada hacia la puerta que, cubierta por una cortina, se abría a la derecha del estrado. Por debajo de su serenidad podía adivinarse que sus nervios se hallaban sometidos a fuerte tensión.

Era sábado, y el local estaba atestado. Sam se encogió de hombros. El *whisky* le llenaba a uno la mente de fútiles ideas.

Un conocido de la pelirroja se detuvo junto a los vecinos escabeles. Explicó un chiste de mal gusto. La rubia y la pelirroja rieron.

—Otro —pidió Sam, empujando hacia el *barman* su vaso vacío.

Un sábado más. Salvo que la muchacha de la tercera mesa se parecía a Geraldine...

El conocido de la pelirroja se marchó, pero no tardó en regresar con un amigo. Las dos parejas salieron a bailar a la pista.

Sam vació su vaso.

—El viejo quiere verte, Sammy —dijo una voz grave—. Es una suerte que te haya encontrado.

Un hombre joven se había sentado en el escabel que ocupó la gordita. Llevaba la corbata floja, desabrochada la chaqueta de su traje de gabardina gris, hundidas en los bolsillos del pantalón las manos. Un mechón de cabello rubio le caía sobre la frente. Tenía los ojos azules, penetrantes, y miraba directamente a la cara.

—No es una suerte para mí —replicó Sam. Y añadió en tono más suave —: Hola, Barny.

Con el entrecejo fruncido, Barny miró el vacío vaso de *whisky*.

—¿Cuántos?

—No lo sé. No llevo la cuenta.

—Bueno, déjalo ya. Te la estás jugando, Sammy. El viejo es comprensivo, pero su paciencia tiene un límite. Vámonos.

Sam contempló en el espejo la imagen de la muchacha de la tercera mesa.

—Vete. Yo no.

—¿Tendré que hablar claro? —exclamó Barny con aspereza—. ¿Necesito decirte que llevo más de hora y cuarto buscándote por el distrito? ¡Qué cuerno, Sammy! Vente conmigo, o esta puede ser tu última noche en el periódico.

—Que se vaya al infierno el periódico.

El rubio escrutó las pupilas de su compañero.

—Has bebido demasiado.

—¡Qué te vayas al infierno tú también!

—El periódico, Sammy, es tu vida...

—¡Narices es mi vida! —Sam descargó el puño sobre el mostrador—. Se publica perfectamente sin mí, ¿no? Dile al viejo que me eche a la calle si quiere. Estoy divirtiéndome. Tengo derecho, me parece, a divertirme un poco.

Barny hizo una mueca.

—Muy bien. Un día ganaste el premio Ramussen, Sam Butlin. Eres un periodista de pies a cabeza. No tardarás en arrepentirte de haber ahora cedido al histerismo.

—Vete.

—Sí, por supuesto. Me iré.

—¡Pero inmediatamente! Separémonos Como amigos, Barny. Si tardas, todo cambiará.

En los ojos de Barny había compasión.

—Lamento verte así. Debe de ser... que ninguno de nosotros te conocía como realmente eres. Esperábamos que reaccionaras como un hombre.

—¡Vete! —repitió entre dientes Sam.

La rubia, la pelirroja y sus dos caballeros regresaron. La primera tocó en el codo a Barny para reclamar su escabel.

—¿Me permite?

El rubio repitió su mueca; ahora con una contracción de amargura. Dio a Sam una palmada en la espalda.

—Buena suerte —dijo.

Y se alejó en dirección a la salida.

Sam llamó al *barman*.

—Otro.

El baile había terminado. Al igual que la rubia, que la pelirroja y sus acompañantes, la gente abandonaba la pista. Un dispositivo mecánico comenzaba a levantar esta, mientras una guirnalda de luces se encendía, a ras de suelo, en derredor.

Cuando la pista estuvo vacía y acondicionada, un acorde de la orquesta anunció que se abría el espectáculo. Apareció un *speaker* vestido de *smoking* rojo. Relató ante el micrófono una anécdota insulsa. Pidió aplauso para la gran Margo Miller.

La muchacha de la tercera mesa jugaba nerviosamente con el topacio de su mano derecha. Sam se fijó en el levisísimo temblor de sus labios. Siguiendo la dirección de su mirada halló de nuevo la puerta inmediata al estrado, por la cual, en aquel momento, Margo Miller salía a actuar. Pero no era Margo Miller quien despertaba el interés de la desconocida, pues esta continuó pendiente de la puerta, no de Margo.

Alta, rubia, cimbreada y escultural, Margo dijo dos canciones. La sucedió en la pista un trío cómico. Luego un intérprete de *hillbilly* tejano, que se acompañaba, a la guitarra.

El cuarto número fue una negra ataviada con unas pequeñas prendas de simulada piel de leopardo. Apenas hubo aparecido, la orquesta inició un vigoroso ritmo de tambores, sobre el cual ondulaba la exótica melodía de una flauta. La negra lanzó un agudo grito y se puso a bailar. El baile era ameno. La lustrosa piel de la mujer daba a la luz reflejos insólitos. Sus músculos se movían con felina agilidad, se flexionaban y distendían frenéticamente, revelando un salvaje y temperamental sentido de la danza.

La muchacha de la tercera mesa semejaba sentir dentro de sí la repercusión de cada uno de los compases de aquel baile desenfrenado. Ya no miraba a la puerta. Miraba, sola y exclusivamente, con apasionada atención, a la negra que se contorsionaba en la pista.

Sam arrugó el entrecejo. ¿Era la aparición de la bailarina negra lo que la muchacha había estado esperando? ¿Por qué? ¿Justificaba la calidad del baile aquella tensión de nervios?

No. El baile era bello, pero no la justificaba. No en una persona de sensibilidad normal.

Sam trató de recordar con qué nombre había el *speaker* anunciado a la artista. No consiguió recordarlo.

—¿Quién es? —preguntó al *barman*.

—Candy Jones.

El estrépito de los tambores crecía. Su ritmo se aceleraba.

—Otro —pidió Sam, empujando su vaso vacío.

En aquel momento algo ocurrió.

Del público se elevó una exclamación que hizo a Sam volver rápidamente la cabeza. La orquesta perdió el compás. La flauta dio una

falsa nota.

Candy Jones había caído en medio de la pista, en una posición rara, poco natural. Una de sus manos se movía convulsivamente. El resto de su cuerpo estaba inmóvil.

Sam masculló una interjección de asombro. Al tiempo que la música cesaba por completo y la mayoría de la gente se ponía en pie, él abandonó el bar y se abrió paso a empujones hacia la pista. Llegó junto a la negra cuando lo hacían dos de los músicos, un camarero y otro hombre. Candy Jones movía aún, muy débilmente, la mano. Pero su movimiento no duraría. Tenía en la espalda, casi coincidente con el ceñidor transversal de su corpiño de falsa piel de leopardo, una redonda herida que sangraba en abundancia. El punto en que la tenía era el del corazón.

Un balazo en la espalda. Un tiro. Un asesinato.

Acudían más personas, todas las cuales se quedaban atónitas, y algunas aterrorizadas, al percatarse de lo sucedido. Sam se encontró en el centro de un remolino, fue empujado de acá para allá. Una mujer perdió la serenidad y rompió a chillar histéricamente.

Retrocediendo con dificultad hacia el borde de la pista, Sam lanzó una mirada a las mesas. Reinaba la mayor confusión. Nadie sabía lo que hacía. Muchas sillas se habían volcado en el tumulto.

La mesa tercera, la de la muchacha morena, estaba vacía; la de la muchacha que se parecía a Geraldine.

Ni rastro de ella por los alrededores. Apretados los puños, Sam avanzó hacia la salida con el propósito de advertir al portero que impidiera a persona alguna retirarse del local. A la mitad del camino descubrió a la muchacha, quien, denotando mucha prisa, caminaba también hacia la puerta. Quiso alcanzarla, pero la aglomeración de gente se lo imposibilitó.

Una enérgica voz masculina exigió por el micrófono de la orquesta:

—¡Que no salga nadie!

Sam maldijo al dueño de la voz por la inoportunidad de su orden. La muchacha había salido ya, y en cambio, cuando él consiguió ganar el vestíbulo, halló al corpulento portero negro cerrándole el paso.

Pero no se detuvo: agachó la cabeza y embistió. El portero se estrelló contra las puertas vidrieras, con alarmante ruido de cristales rotos.

En la calle, Sam miró arriba y abajo. Pudo divisar un vestido blanco que se perdía entre los transeúntes. Corrió. Vio a la desconocida doblar la esquina del edificio. Cuando a su vez llegó a aquel lugar, ella montaba en un automóvil. Se encontraba en el aparcamiento del club nocturno, una amplia zona mal iluminada, desierta en contraste con la contigua avenida.

La muchacha ponía en marcha el coche. Sam calculó la distancia que le separaba de este y comprobó con satisfacción que le sería fácil interceptarlo antes de que cobrase velocidad.

Las cosas, empero, no ocurrieron así. Cuando se disponía a acelerar al paso, una voz muy próxima brotó de las tinieblas:

—Quieto, muchacho.

Se detuvo. No pudo menos que detenerse. El objeto duro que acababa de incrustarse en sus riñones era el cañón de una pistola.

CAPÍTULO II

La fuerte mano de un agente de policía ayudó al portero a levantarse.

—¿Qué significa esto?

El negro se palpó los miembros. Su excitación se calmó a la vista del uniforme.

—No sé lo que significa, hermano —replicó—. Un hombre que salió corriendo me derribó cuando intentaba detenerle. Dentro, algo pasa.

El agente entró en el vestíbulo. Inmediatamente vio avanzar en dirección contraria a un hombre joven, prematuramente calvo, de ruda mandíbula, cuya cara hasta expresaba enojo.

—Un asesinato, Harry —le dijo el hombre, saludándole familiarmente con un ademán—. Pide ayuda. ¿Dónde hay teléfono?

El portero señaló con el pulgar tres cabinas abiertas en la pared lateral del vestíbulo. Preguntó:

—¿Puedo ayudar yo?

—Cumpla lo que he ordenado: nadie debe salir.

El agente, en la calle, arrancó a su silbato agudos sonidos. Cuando el calvo regresó del teléfono halló a otro agente en compañía del primero, más los ocupantes de un coche patrulla. Los sones del silbato habían reunido en la acera, ante la puerta, a numeroso público.

—Vamos, Harry, despejad esto —dijo el calvo. Se volvió a los patrulleros—. Id a ver si el local tiene otras salidas, que seguro que las tiene, y plantaos en ellas.

El club tenía, además de la principal, una salida de incendios y otra de servicio. Los hombres del coche patrulla corrieron a vigilarlas, mientras el calvo volvía a la pista, junto al cadáver de Candy Jones. La concurrencia empezaba a recobrar la calma. El silencio, un silencio opresivo, se extendía. Muchos de los clientes habían regresado a las mesas. El bar estaba en aquel momento atestado. Los camareros reanudaban tímidamente su ir y venir.

Sin demasiado entusiasmo, el calvo trató de obtener algún dato relativo al suceso. Su falta de entusiasmo era fundada: nadie parecía haberse percatado de que algo insólito ocurría, hasta que la bailarina negra cayó; nadie oyó el disparo que le causó la muerte. Los curiosos que todavía se congregaban en la pista respondían a todas las preguntas con un encogimiento de hombros.

Ulularon las sirenas en la avenida. Tres coches se detuvieron a la puerta

del club. Un grupo de sólidas y resueltas figuras entró en el vestíbulo. El hombre alto y pensativo que marchaba en cabeza interpelló al agente que montaba guardia:

—¿Dónde está el inspector?

—En la sala.

Maletines, cámaras fotográficas y policías irrumpieron en esta. El joven calvo descendió de la pista y se adelantó a su encuentro.

—A sus órdenes —dijo—. Soy yo quien ha avisado. Inspector Mulligan, del Sexto Precinto.

—Teniente Laddy— se presentó el individuo pensativo, mirando en torno—. ¿Y bien?

—La han matado mientras actuaba —Mulligan señaló la pista con un movimiento de su calva cabeza—. Un tiro por la espalda. Un tiro que no ha oído nadie.

—¿Nadie?

—Probablemente lo disparó un arma provista de silenciador. Los tambores de la orquesta armaban en aquel momento mucho ruido.

El teniente caminaba lentamente hacia el cadáver, con la mirada fija en él.

—¿Ha tomado usted alguna medida?

—Ordenar que nadie saliera.

—¿Se ha cumplido?

—Demasiado tarde. Alguien escapó. No sé cuántos. Uno, por lo menos, lo hizo derribando al portero, y es posible que antes hubiera otros.

—¿Usted está de servicio?

Mulligan guiñó un ojo.

—Con una muñeca.

—Vuelva junto a ella —Laddy hizo una seña a sus hombres—. Vosotros, adelante.

El cortejo subió a la pista y rodeó a la mujer muerta. Comenzaron a funcionar los *flashes* fotográficos. Se abrieron los maletines.

El teniente preguntó a uno de los músicos:

—¿Quién era esta muchacha?

—La llamaban Candy Jones —el músico proyectó una mirada suplicante hacia el *smoking* rojo del *speaker*—. No sé nada de ella. Llevaba aquí un par de días... Ninguno de nosotros sabe nada, salvo que se ponía como una fiera en los ensayos si las cosas no salían a su gusto.

El *speaker* se había aproximado.

—Exceso de temperamento —apuntó.

Laddy se volvió a él.

—¿Usted la conocía?

—No.

—¿Quién, entonces?

El *speaker* se encogió de hombros.

—Iré en busca de Charlie —dijo.

Charlie era el director artístico. Usaba bigote, y lo tenía gris, como el cabello. Fumaba en boquilla. Resultaba, en conjunto, un personaje ligeramente pasado de moda, pero elegante.

En todo momento procuró dar la espalda al cuerpo inerte que yacía sobre la pista.

—Vino al Oeste no sé por qué —declaró—. Estaba actuando en Nueva Orleans con éxito. Era buena, vaya si lo era, la pobre. Llevaba fuego dentro... Acudió a mí recomendada por Jossian Wade, viejo amigo mío que regenta un dancing en el barrio francés de Nueva Orleans. La probé, vi lo que valía, y la incluí en el espectáculo.

El teniente miraba a Charlie sacando el labio inferior.

—¿Hace dos días de eso?

—Cuatro. Hace dos que trabajaba aquí. Hoy era su segunda noche.

—¿Qué más?

—¿Qué más quiere?

—¿Qué vida llevaba? ¿Cuáles eran sus amigos? ¿Cuáles sus enemigos? ¿Era soltera, casada, divorciada o viuda?

Charlie agitó sus blancas y cuidadas manos.

—¡Por favor! Nunca intervengo en la vida privada de los artistas; y aunque interviniese, ¿qué podría haber averiguado en cuatro días?

—Sus señas, por ejemplo.

—Las tengo anotadas —asintió el director—. Luego se las daré.

—Y las de ese amigo suyo que se la envió. Y las del local de Nueva Orleans donde actuaba. ¿Era Candy Jones su nombre verdadero?

—Mary Jones.

Laddy dedicó unos segundos de atención al trabajo de sus hombres, y luego, indiferente a las miradas de curiosidad que la silenciosa concurrencia posaba en él, echó a andar hacia el vestíbulo.

El portero y el guardia de la puerta mataban el tiempo charlando de esto y de lo otro. Una gran sonrisa asomó al rostro del negro, cuando el teniente le preguntó su nombre.

—Sherman Wesley, señor.

—¿Quién escapó del club cuando el inspector Mulligan dio orden de que nadie saliera?

—¿Después de la orden?

—O inmediatamente antes.

—Antes salió una dama, señor.

Laddy enarcó dubitativamente una ceja.

—¿Dama? ¿En qué sentido era una dama?

—En todos los sentidos, señor. No uso la palabra por capricho. Una joven morena, vestida de blanco, última moda. Usted está pensando en las muchachas que ha visto ahí dentro, en las que suelen venir al «Simba Club». Esta era diferente. Sherman Wesley, señor, sabe distinguir.

—¿Se fijó en ella por eso?

—Sí. Y por su cara de susto, y porque iba muy apresurada. Apenas hubo salido escuché la orden del inspector. Comprendí enseguida que debía de relacionarse con la joven, pero entonces apareció el hombre y no me dio tiempo de pensar ni de tomar iniciativas...

—¿Cómo era el hombre?

El negro titubeó. Su sonrisa perdió espontaneidad.

—No le vi bien, y le juro, señor, que... En fin, era un hombre joven, fuerte, rubio, vestido de oscuro. Gris oscuro. Agachó la cabeza, así que no puedo describirle su cara.

—¿Qué hizo?

—Pues atravesó el vestíbulo a la carrera y me embistió como un toro. No conseguí agarrarle. Perdí el equilibrio cuando se rompieron los cristales de la puerta.

—¿Le pareció que el hombre y la muchacha huían juntos?

—No sé... O que ella huía de él.

La expresión pensativa del rostro del teniente sé acentuó.

—Ella huía de él —repitió en voz baja—. ¿Ese hombre iba armado?

—Que yo viera, no.

—¿Salió alguien más?

—Nadie, señor.

Un individuo vestido de azul, grueso, moreno, de baja estatura, se hallaba situado junto a la puerta que comunicaba el vestíbulo con la sala, apoyado en la pared, en actitud de espera. De vez en cuando miraba en dirección a Laddy.

Este fue a su encuentro.

—¿Quiere hablarme?

—Soy Mike Espizito —asintió el hombre—, el dueño de esto. ¿No trabajarían ustedes mejor si se marchase la gente? Es indecente tenerlos a todos sentados ahí, contemplando a esa negra muerta...

El teniente consultó su reloj.

—Los hombres del fiscal llegarán de un momento a otro. La gente podrá marcharse después.

Espizito suspiró.

—Como guste.

Tenía los ojos de color gris-verde, lo que, siendo moreno, le daba un aspecto raro y ponía en su mirada una desagradable dureza. La tragedia ocurrida en su negocio parecía molestarle, pero no propiamente enojarle.

—Envíeme su jefe de camareros y su jefe de personal —dijo Laddy.

El hombre rio.

—¿Qué se figura que es esto? No hay jefe de camareros, y el jefe de personal soy yo.

—Conforme. Necesito saber si alguno de sus empleados reparó en una joven morena, distinguida, vestida de blanco; si estaba sola o en compañía de un hombre rubio; si sus empleados advirtieron en ella o en su conducta algo anormal.

Espizito entornó los párpados.

—¿Distinguida?

—Si a alguno le llamó la atención, sería por distinguida.

—Veré.

—¡Eh, Laddy! —gritaron desde la puerta.

—Los del fiscal están aquí —dijo el teniente, volviéndose para corresponder al saludo—. Averigüe eso. Pronto podrán marcharse todos.

El médico forense y los hombres del fiscal entraban en el vestíbulo. Laddy se les unió para conducirles a la pista. Espizito echó a andar detrás de él con las manos en los bolsillos.

—¿Mi cliente? —preguntó el médico. Subió a la pista y se inclinó sobre el cadáver—. Linda criatura. Y buena puntería.

La sala estaba ahora llena de murmullos.

—Deprisa —urgió el teniente—. Esa gente no ha pagado para presenciar un espectáculo macabro. Es preciso evacuar el local.

Los hombres del fiscal iniciaron su trabajo.

—¿He de examinar el cadáver aquí? —dijo el médico—. Prefiero retirarlo, Laddy. Busque un sitio más a propósito, por favor.

Espizito, que les observaba desde el borde de la pista, intervino:

—Tengo un despacho vacío. Llévela allí.

La posición del cuerpo había sido ya señalada con tiza. A una orden del representante del fiscal, dos agentes levantaron los restos de la negra y siguieron al propietario en dirección a la puerta contigua al estrado, la última puerta que Candy Jones cruzó en vida, la primera que cruzaba su cadáver.

Laddy hizo una mueca al ver el reguero de sangre que había quedado señalando el camino de la puerta. Una mancha considerable deslustraba la superficie de la pista en el lugar donde la bailarina yació.

La mirada del teniente exploró luego la sala. No percibió el menor signo de animación, ni siquiera una sonrisa. Las conversaciones se habían apagado. Hubiérase dicho que un soplo de terror estaba atravesando el local. La gente no deseaba sino marcharse.

Por el micrófono de la orquesta rogó Laddy que si alguna persona había notado algo relacionado con el suceso lo comunicara inmediatamente a los

detectives. El resto de la concurrencia podía abandonar el club, probando antes su identidad y dejando consignado su domicilio.

Los agentes se situaron en la puerta. El público desfiló. Su ausencia determinó que una sensación de frío, de vacío y tristeza, flotara en el ambiente.

Laddy reunió a sus hombres.

—Listo —dijo uno—. Aquí tiene las listas.

—Guárdalas tú.

Los camareros, ociosos, formaban grupos ante el bar.

Otro de los hombres extendió sobre una mesa diversos objetos que hasta entonces conservara envueltos en un pañuelo de mujer.

—Aparte las ropas y los cosméticos —declaró—, esto es cuanto había en el bolso y en todo el camerino de la muchacha. Un manojó de llaves, un bolígrafo, un paquete de cigarrillos, un encendedor, un calendario-horóscopo de bolsillo, unas monedas, un billetero con ochenta dólares, dos cartas de un tal Joe, y este pañuelo.

Laddy tomó uno por uno los objetos, los inspeccionó, deshizo el paquete de tabaco, abrió el encendedor y leyó las cartas. Dedicó al calendario-horóscopo una atención especial. El horóscopo había sido colocado en Capricornio y en la semana en curso. Anunciaba:

«Un encuentro casual cambiará tu vida. Buen momento para quienes sobreponen el cerebro al corazón. Los reumáticos deben extremar sus precauciones. Color, amarillo. Piedra, ópalo».

—¿Qué más? —preguntó el teniente.

Otro detective adelantó un paso.

—Si Candy Jones estaba en pie en el lugar donde cayó muerta, la bala que la hirió partió del lado derecho de la sala; de un punto relativamente próximo, quizá a la mitad de la distancia que separaba a la mujer de la pared. Pero es imprescindible concretar si giró sobre sí misma o mudó mucho de posición después de haber recibido el balazo.

—¿Inclinación de la trayectoria?

—Oblicua, de abajo arriba y de derecha a izquierda. No se puede establecer si el asesino estaba sentado o de pie: la diferencia de ángulo es ínfima.

Laddy se restregaba la boca con la mano.

—Procura concretar cuál era la posición de la mujer al recibir la herida, Dailly —dijo al detective—. Eso nos dará una idea de la situación del asesino en la sala, y sería interesante interrogar a las personas que se encontraban en las cercanías. Es posible que advirtieran algo anormal en alguno de sus vecinos, pero no se fijaran de una manera consciente. Quizá lo recuerden si les refrescamos la memoria... Localiza a esa gente en las listas de nombres y domicilios que hemos tomado. Ocúpate de ello, Dailly.

—¡Pero si es trabajo para toda una División!

—Pues movílízala. ¡Vivo! ¡Lárgate! ¡Comienza ya! Dailly se largó.

El teniente partió en busca de Espizito, a quién halló jugando solo a los dados en él, extremo del bar.

—¿Qué hay de sus pesquisas?

Espizito, disimuladamente, dio vuelta con la uña a un dado para obtener el punto que necesitaba.

—Poca cosa. Una mujer joven, morena, muy bonita, vestida de blanco, ocupaba la tercera mesa de pista. No se ha movido en toda la noche.

—¿Eso es todo?

—Todo —los felinos ojos del propietario se posaron en los de Laddy—. ¿Qué le parece? Aquí las muchachas vienen a divertirse, no a sentarse solas en una mesa y pasar la noche sin bailar. Poca cosa, pero significativa.

—¿Significativa, por qué? ¿Porque esa mujer no había venido a divertirse? El hecho no conduce a nada mientras no resulte que alguien la vio actuando de alguna manera.

—Por ejemplo —sugirió Espizito—, disparando una pistola. Lo siento, teniente. Mis pesquisas no han llegado tan lejos.

Laddy, absorto, murmuró:

—Ni yo esperaba que llegasen —enderezó la cabeza—. Espizito, quiero que reúna usted a todo el personal del club, ahí, en la pista.

—¿Ahora?

—Sí.

Espizito hizo rodar los dados, los frenó con la mano y estudió ceñudamente el resultado de la tirada.

—Voy.

El teniente abandonó el bar. Despacio, con los pulgares metidos en el cinto de sus pantalones, se dirigió, guiado por los rótulos indicadores, a la salida de incendios. Un agente montaba guardia en ella.

—Intacta —dijo.

Como todas las de su especie, la salida estaba defendida por una plancha de vidrio que era preciso romper para utilizarla. La plancha no había sido rota.

De nada servía la presencia allí del agente.

—Retírese —ordenó distraídamente Laddy.

Rodeó la sala para entrar en las dependencias de servicio. Al final de un pasillo de paredes de ladrillo desnudo, había una mesa y, sentado detrás de la mesa, un hombre viejo, mal afeitado, que mascaba una colilla de cigarro. Delante de él se apoyaba perezosamente en la pared el segundo agente patrullero enviado por el inspector Mulligan a guardar las salidas. Un metro más allá se encontraba la puerta que daba a la calle.

—Asegura que nadie salió por aquí —dijo el agente, señalando al

hombre viejo—. Ha de ser verdad, a no ser que mienta o que durmiera. Solo un fantasma pasaría sin ser notado.

—No salió nadie —corroboró el viejo—; y no miento, ni dormía, ni me he movido de mi sitio en toda la noche.

Laddy asintió. La mesa ocupaba un tercio de la anchura del pasillo. El lugar estaba perfectamente iluminado.

—¿Usted no se movió ni cuando se produjo la alarma en la sala?

—No me enteré. Desde aquí no se oye, no se entera uno de nada. Y calculo que Spiegel se marcharía antes, pero no me dijo una palabra del asunto.

El teniente, que miraba hacia la puerta de la calle, giró en redondo.

—¿Quién?

—Larry Spiegel.

—Bueno, ¿quién es?

—Uno de los camareros.

—¿Se marchó?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Oh, hace rato.

—¿Ha vuelto?

—No.

—Creí que nadie había salido —dijo Laddy secamente.

—¡Pero si Spiegel es de la casa!

El agente emitió un murmullo de cólera. Laddy le incitó a contenerse con un ademán.

—¿Han salido otras personas de la casa?

El viejo miró al teniente con perplejidad.

—Ah, eso sí que no lo sé. En los de la casa no pongo atención. Yo estoy aquí para que no entren ni salgan los de fuera.

—Comprendo —gruñó Laddy, chasqueado—. ¿Tiene llave de esa puerta?

—Sí.

—Ciérrela y véngase a la sala. Su trabajo ha terminado por hoy. El personal saldrá por delante.

—¿Por la principal? Pero la costumbre...

—¡Al diablo las costumbres! ¡Haga lo que le digo! —Laddy se volvió al agente—: Usted puede retirarse en cuanto haya cerrado la puerta. Nada más.

El teniente regresó a la sala. A quien primero vio en ella fue al médico forense, que estaba esperándole. La expresión de su rostro indicaba que tenía algo importante que decir.

CAPÍTULO III

Como si el cañón de la pistola hubiera abierto una válvula al apoyarse en sus riñones, Sam se sintió súbitamente inundado por la ira.

—Quieto —insistió suavemente la voz.

La muchacha maniobraba ya para apartar el coche de la acera. Estaba claro que el dueño de la pistola se proponía proteger su fuga.

Sam dio media vuelta velozmente, con los puños a media altura y todos los músculos en tensión. Su codo izquierdo apartó el arma. Su puño derecho subió disparado y encontró hueso. Volvió a pegar. Un rostro surgió de las sombras: ancho, pesado, de grandes ojos negros, labios carnosos y expresión dolorida.

Cuando Sam consiguió asir la pistola y arrancarla de la mano del hombre, era tarde: el coche de la muchacha salía del aparcamiento. La ancha y pesada cara se balanceaba de un lado a otro. Sam descargó un culatazo de lleno sobre ella, y luego echó a correr hacia donde había estacionado su propio automóvil. Oyó distintamente el ruido sordo que producía el cuerpo del hombre al caer derrumbado sobre las losas de la acera. No parecía la persona apropiada para aquella clase de aventuras.

Sacó el coche a la avenida. No vislumbró el menor rastro del «Mercury» negro y rosa que tripulaba la muchacha, pero lo había visto virar hacia el norte y se apresuró a tomar el mismo rumbo. Tuvo suerte: parado ante las luces del primer cruce, entre otros muchos vehículos, el «Mercury» se mostró a sus ojos.

A ello siguió una carrera loca. La muchacha conducía como una endemoniada, sin duda porque se había percatado de que era vigilada e intentaba librarse de la persecución. Sam no cejó en su empeño. Perdió la noción del camino que recorría, del distrito en que se hallaba, pero no cejó.

Momentos antes, aprovechando el cruce de un camión y corriendo el riesgo de estrellarse, su perseguida multiplicó la ventaja que le llevaba. El «Mercury» partió como un proyectil. Cuando a su vez hubo esquivado el choque con el camión, Sam no distinguió de aquel sino las luces de cola. Supuso que serían sus luces. Por la amplia vía adoquinada que acababa de tomar, no había apenas tránsito.

La ventaja no había disminuido en el momento en que las luces desaparecieron. Sam se mordió los labios. Calculó la distancia. Llegó a una oscura plaza que tenía en medio un jardín público. El «Mercury» no estaba a la vista, pero debía de hallarse en aquel lugar cuando vio sus luces

por última vez.

De la plaza salían radialmente cinco calles, una de las cuales tenía que haber tomado el coche. Sam inició la búsqueda al azar, sin la menor esperanza, zigzagueando por las travesías próximas. El éxito que obtuvo le llenó de asombro: antes de cinco minutos había descubierto el «Mercury» parado frente a un edificio de dos pisos que ostentaba el rótulo: «Tambs Electric Supplies». Entonces aplicó los frenos, se apeó y, tras lanzar una mirada a la placa de matrícula del automóvil, se aproximó al edificio.

Este era un almacén, y tenía dos puertas; una muy grande en la planta baja, otra menor a un lado, de la que probablemente ascendía una escalera al piso. La puerta pequeña estaba entreabierta.

Sam empujó la hoja, entró, y como esperaba, comenzó a subir una escalera sumida en completa oscuridad. Allí dentro, arriba, encontraría a la muchacha. La persecución había terminado.

Pero, ¿qué lugar era aquel? ¿A qué iba la joven del vestido blanco? ¿Y por qué directamente desde el «Simba Club», directamente desde el asesinato de Candy Jones?

Una muchacha que se parecía a Geraldine.

Sam palpó en su bolsillo la pistola que le había arrebatado al hombre del aparcamiento y continuó subiendo la escalera a tientas.

Se detuvo de pronto.

Unos pasos. Arriba se oían unos pasos. El crujir de una puerta.

¿Y qué? No había allí sino una muchacha.

Sam alcanzó el rellano superior de la escalera y encendió resueltamente una cerilla. Vio un vestíbulo, el vestíbulo de unas oficinas, parcamente amueblado, decorado con gráficos estadísticos y fotografías de artículos eléctricos colgados de las paredes.

A la derecha se iniciaba un corredor. Se adentró en él. Arrojó la cerilla y encendió otra.

Unos pasos más adelante vio una nueva puerta entreabierta. La puerta tenía una placa con la inscripción: «Privado».

Otro rumor, algo como un ligero roce. Sam miró en torno. ¿Dónde se había producido? ¿En el corredor? ¿En el vestíbulo que atravesara momentos antes?

En la pared, junto a la puerta, destacaba un interruptor. Sam arrojó la cerilla y, mientras con la mano derecha asía la pistola, con la izquierda accionó el interruptor para encender la luz.

La luz no se encendió.

Alguien había desconectado la instalación o deteriorado los fusibles. Las cerillas seguían siendo el único recurso.

Sam encendió una tercera cerilla y empujó la puerta.

Se encontró en un buen despacho, amueblado con costosa vulgaridad.

La gran mesa escritorio negra quedaba a un lado. Dos característicos sillones tapizados de plástico color castaño habían sido colocados delante.

Entre los dos sillones yacía en tierra un cuerpo humano.

Sam se arrodilló para examinarlo. Parecía imposible que aquel hombre estuviera muerto, porque al tocarlo se obtenía una impresión de vida y calor. Boca abajo, la herida que había recibido era sumamente visible: una tremenda abertura en la espalda, de la que manaba sangre abundante. Una cuchillada; no un tiro, como en el club nocturno: una cuchillada que había interesado el corazón. El hombre acababa de morir, no podía hacer de ello más que unos minutos. La sangre comenzaba justamente a empapar su chaqueta y su camisa.

Se llamaba Luther Tambs, según Sam averiguó inspeccionando su cartera y leyendo el permiso de conducción. El mismo apellido que en el rótulo exterior del almacén: Tambs. Sería el dueño. Un comerciante del ramo de la electricidad, a quién la muchacha que se parecía a Geraldine había acudido al ver morir a Candy Jones en el «Simba Club». La ruta del «Mercury» rosa y negro había sido trazada de un cadáver a otro cadáver.

¿Por qué?

Cuando la cerilla se apagó entre sus dedos, Sam se echó la cartera de Luther Tambs al bolsillo. El silencio, en aquel momento, volvió a ser roto por un rumor de pasos que semejaba proceder del vestíbulo. El rumor era claro, inconfundible. Los pasos se aceleraron y, por su sonido, Sam comprendió que alguien bajaba corriendo la escalera que conducía a la calle.

Se enderezó y abandonó el despacho. Tuvo alguna dificultad para orientarse en medio de las tinieblas. Chocó violentamente contra una pared. Pero llegó al vestíbulo, encontró la puerta de la escalera y se lanzó por esta tan deprisa cómo pudo.

Al salir a la calle divisó a alguien que corría, ya a considerable distancia. No era la muchacha vestida de blanco. Era un hombre. ¿Qué hombre? ¿Dónde estuvo? ¿Dónde estaba la joven?

Era el hombre quien ahora le interesaba, porque él, mejor que ella, pudo ser el asesino de Tambs. Empezó su persecución, primero calle abajo, luego a la derecha, por una cuadrícula de vías a medio urbanizar donde se alzaban chalets de arquitectura uniforme entre grandes solares desocupados. Las farolas de alumbrado público eran allí escasas. Aceras y calzadas se perdían con frecuencia entre zanjas y terraplenes.

En el instante en que Sam comprobaba que la distancia que le separaba del hombre había disminuido de manera apreciable, el fugitivo desapareció. Llegado al lugar donde le viera por última vez, tuvo que detenerse. Jadeaba. Miró en torno. Se hallaba en una encrucijada, y una de las calles había sido profundamente excavada, quizá para el tendido o

acondicionamiento del alcantarillado. Junto a la excavación se habían formado grandes montículos de tierra.

Algo zumbó entonces muy cerca del oído de Sam. Simultáneamente, ensordecedor, sonó un disparo.

El tiro había partido de los terraplenes.

Sam, de un salto, se introdujo en la zanja. Su mano derecha empuñaba la pistola que le había arrebatado al hombre del aparcamiento del «Simba Club».

Esperó. Desde su refugio veía en escorzo una porción de terraplén, hasta más allá del punto en que suponía situado a su enemigo.

A los pocos segundos percibió un movimiento en la obscuridad, seguido de dos nuevos disparos. El desconocido había tirado al buen tuntún, pues las tinieblas de la zanja no le permitían sino una noción aproximada de la situación de Sam. Este, inmediatamente, replicó apuntando a los fogonazos. Oyó una sorda exclamación, un ruido como de pataleo y después nada.

Dejó transcurrir unos minutos. A continuación retrocedió lentamente por el fondo de la zanja, pisando con el mayor cuidado para no delatar su presencia. Recorrido un centenar de metros, se arriesgó a salir. La única luz estaba cerca de la encrucijada, en la calle transversal. No se veía a nadie.

Muy lejano sonaba el silbato de un policía, y esta era toda la alarma que el tiroteo había provocado. No había casas por las inmediaciones, o las que había no debían de estar habitadas, pues todo continuaba sumido en el silencio.

Sam titubeó. Pero no quería retroceder. Dando un rodeo, se dirigió al lugar desde el cual había hecho el desconocido los disparos. Avanzó los últimos metros con mil precauciones, pegado a los montones de tierra y amartillando la pistola.

El hombre no estaba allí. Si su exclamación y el vago rumor de pataleo indicaban que el tiro de Sam le había alcanzado, la herida no revestiría excesiva gravedad. Se había esfumado en la noche.

Sam permaneció inmóvil en el terraplén, escuchando los silbatos, calculando las probabilidades de que la policía localizase el origen del tiroteo. Estas probabilidades eran muy pocas, pero, en cambio, la vigilancia se multiplicaría en el distrito y difícilmente escaparía a ella cuando emprendiese el regreso al centro de la ciudad. Otro tanto le ocurriría al hombre herido...

Un súbito descubrimiento le sacó de su abstracción. A la izquierda, no lejos, brillaba una luz. No era una farola pública, pues poseía un matiz rojizo. Titilaba de vez en cuando, como una estrella, acaso porque la ocultaba a intervalos un cuerpo opaco en movimiento.

Sam echó a andar hacia allí. La luz procedía de una casa. De la ventana

de una casa. Esta era un chalet de dos pisos, grande, pero vulgar, rodeado de un jardín recién plantado y de una provisional barrera de alambre de espino.

La ventana, en la planta baja, estaba abierta. Desde la cerca de espino se veía parte de la pantalla roja que daba aquel peculiar matiz a la luz, y además se oía, queda y grave, la voz de un hombre.

Sam pasó sin dificultad a través de la barrera y avanzó en dirección a la ventana. Agazapado en un ángulo de esta, miró cautelosamente al interior. Un cuarto de estar. Espacioso, con muebles nuevos, quizá caros, pero tan poco originales, tan sin personalidad como la casa misma. No había nadie. La voz del hombre procedía de un aparato de radio.

Aquella casa sí estaba próxima al lugar donde el fugitivo y él habían cambiado los disparos, y desde el jardín, y seguramente también desde dentro, se escuchaban aún los persistentes silbatos policíacos. ¿Por qué sus habitantes permanecían tan tranquilos, con una ventana abierta, sin adoptar la menor precaución, sin dar muestra alguna de miedo?

Sam se izó al alféizar y se introdujo en el cuarto de estar.

Apenas lo hubo hecho vio moverse la manija de la puerta situada en la pared lateral izquierda. Reprimió el impulso de saltar nuevamente al exterior. Saltó, pero hacia la puerta. Se hallaba oculto detrás de ella cuando se abrió.

Entró una mujer. Sam extendió los brazos. Con uno rodeó estrechamente su cuerpo, inmovilizándola; con la otra mano le tapó la boca. Notó que la mujer se ponía rígida como un madero.

—No grite —articuló junto a su oído—. Si no arma escándalo, nada le ocurrirá. Si lo arma... Tengo una pistola, ¿entiende?

La tensión del cuerpo de la mujer se relajó. Transcurrido un momento, Sam la soltó, dio un paso atrás y sacó el arma.

Ella se volvió para mirarle. Estaba serena. Su actitud, cosa sorprendente, no traslucía temor, sino curiosidad. Era una mujer joven, vestida solamente con un albornoz de color azul claro y calzada con chinelas. Sam vio un rostro de pómulos altos y grandes ojos, labios sensuales, mentón resuelto. En su cabello castaño había un mechón casi rubio. De su persona emanaba intenso atractivo, un como efluvio primitivo que a un hombre le era imposible no percibir.

—Siempre me previenen contra los ladrones —dijo la mujer, a media voz, examinando a Sam de pies a cabeza, con perfecto aplomo—. Era tiempo, creo yo, de que alguno se decidiese a hacerme una visita.

El lanzó una mirada a la puerta.

—¿Quién hay más en la casa?

—No se preocupe, vivo sola.

—Miente. La casa es demasiado grande.

La mujer se encogió de hombros.

—¿Qué quiere? No la construí yo.

Indiferente en apariencia al hecho de que Sam tuviera en la mano una pistola, se dirigió a la ventana, la cerró y bajó la persiana. Sus movimientos estaban dotados de una gracia en parte estudiada, en parte natural, que sugería la idea de un escenario o un plató cinematográfico.

Los grandes ojos se posaron de nuevo en Sam.

—Guardo veintidós dólares en el cajón superior de ese escritorio, ahí, detrás de usted. En mi cuarto encontrará un dije de plata que perteneció a mí abuela. Como no quiera llevarse la radio, el refrigerador o algún mueble, eso es todo lo de valor que hay aquí. Le agradeceré que lo coja y se marche pronto.

Sam preguntó:

—¿Quién es usted?

Ella se apartó de la ventana, tomó un cigarrillo de un paquete depositado sobre la mesa y lo encendió. Se abandonó perezosamente en una butaca. Cruzó las piernas. Los faldones del albornoz se entreabrieron. Los dejó así un momento, mientras exhalaba dos chorros de humo por la nariz, y luego los colocó uno sobre otro, cuidadosamente cerrados.

—Me llamo Sara Dewey.

—¿Actriz?

La mujer enarcó las cejas.

—¿Por qué actriz?

—Ha estado representando una farsa desde su entrada en esta habitación. Probablemente me ha visto llegar. Probablemente me esperaba. Sabe de sobra que no soy un ladrón.

—¿Qué es, entonces?

Sam se aproximó a la butaca.

—¿Por qué tenía la ventana abierta? Para atraerme, ¿no es así?

Ella rio en un susurro.

—Como las sirenas mitológicas. Una luz, una música en la soledad. Un cebo para el navegante. Usted ha caído esta noche en mis redes. Mañana caerá otro... Yo estoy aquí, detrás de mi ventana, al acecho del incauto de turno. ¿Es eso lo que supone?

—No.

—¿Y bien?

—Usted ha oído hace un momento los tiros.

—¿Tiros? —Sara Dewey mostró su albornoz con un ademán—. Hace un momento tomaba una ducha. Lo único que oía era el ruido del agua.

—¿Con esa ventana abierta, accesible a cualquier intruso? ¿En este distrito donde no vive nadie?

—¿Qué puede ocurrir? ¿Qué entre un ladrón? Los ladrones son

hombres, y no temo a los hombres —la mujer sonrió—. Todo lo contrario.

Sam respiró profundamente.

—Muy bien. No se moverá de aquí mientras yo registro la casa. O se conforma, o habré de inmovilizarla a la fuerza.

—Despáchese a su gusto. Pero le he dicho ya lo que va a encontrar. Luego no se lamente si ha perdido el tiempo.

El retrocedió hacia la puerta por dónde ella había entrado.

—No me ha dicho que encontraré a alguien oculto.

—¿Qué?

—Alguien llegado poco antes que yo. Un hombre herido.

Sam abrió la puerta. La mujer preguntó burlonamente:

—¿Se refiere a mí tío Jack?

El giró en redondo.

—¿A quién? —exclamó.

La respuesta no se la dio Sara Dewey. Fue como si algo estallara dentro de su cráneo, un choque, un deslumbramiento. Cuando sus rodillas se doblaban ya y caía de bruces, Sam comprendió que le había golpeado en la cabeza alguien apostado al otro lado de la puerta que él mismo acababa de abrir.

CAPÍTULO IV

Laddy anduvo en derechura hacia el médico forense.

—¿Qué ocurre?

El médico abrió la mano y mostró en la palma un pequeño objeto metálico.

—He extraído el proyectil. Alojado en un ventrículo, muerte prácticamente instantánea... Mañana por la mañana haré la autopsia, pero puedo anticiparle que esa muchacha se, empapaba en morfina.

—¿Sí? —musitó el teniente, pensativo.

—Los síntomas son evidentes. Si quiere, le mostraré su piel acribillada a pinchazos.

—No —dijo Laddy, sacudiendo la cabeza. Tomó la bala de la mano del médico y le dio vueltas entre sus dedos. Calibre 38. Un insecto de picadura mortal—. Usted entiende de eso más que yo. Pero no me gusta. Hay siempre complicaciones cuando uno tropieza con la porquería de las drogas.

Convocados por Espizito, los componentes del personal del club se hallaban reunidos en torno a la pista. Laddy subió a esta.

—No es fácil —señaló— matar a una persona disparando un arma en una sala llena de gente y sin que nadie lo note. Espero, amigos, la colaboración de ustedes. El público no parece haber visto nada anormal, lo cual puede justificarse porque estaban todos más o menos pendientes de la actuación de Candy Jones; pero ustedes, en particular los camareros, debían de tener la atención dispersa. Les ruego, que reflexionen, que traten de recordar cualquier detalle anómalo que contribuya a aclarar esta absurda situación.

En el silencio que siguió, se alzó la voz de Espizito:

—Joe, tú has dicho que un hombre...

Uno de los *barman* carraspeó y se movió como si estuviera incómodo.

—Sí. Hubo uno que tomó ocho whiskies y no los pagó. Vigilé cuando la gente salía, para reclamárselos, pero no le vi.

Laddy se aproximó al *barman*.

—Describa a ese hombre.

—Tendría unos treinta años. Cabello rubio, una cara regular, enérgica, seria. Llevaba un traje gris oscuro, con listas más claras, y una corbata azul... ¡Oh, sí! Momentos antes discutió con uno que suele venir por aquí. Uno que se llama Chute, Barny Chute, un periodista.

—¿Discutió con él?

—Quiero decir que Chute fue hacia él como si le conociera y hablaran de algo, acaloradamente, como si no estuvieran de acuerdo. Chute le dio una palmada en la espalda y se marchó enseguida. Ese hombre me pidió entonces otro *whisky*.

—¿Pasó mucho tiempo en el bar?

—Bastante.

—¿Qué hacía?

—Nada. Beber. Aburrirse. Parecía muy preocupado o muy apesadumbrado por algo. Una muñeca trató de entablar conversación con él, y fingió que ni la oía.

—¿Qué hacía —concretó el teniente— cuando Candy Jones murió?

—En aquel preciso instante me había preguntado quién era ella. Pidió otro *whisky*. La gente gritó al caer Candy, y entonces él salió corriendo hacia la pista, se produjo un tumulto general y no he vuelto a verle.

—Eso significa que él no disparó contra Candy. Usted le tenía delante, estaba hablándole y mirándole, ¿no es así?

—Sí, así es —asintió el *barman*—. Por supuesto que no disparó.

—¿Ese hombre frecuentaba el club?

—No recuerdo haberle visto nunca.

—Y dice usted que, salvo cuando habló con el periodista, estuvo solo. No estuvo, por ejemplo, con una muchacha morena y distinguida, vestida de blanco.

—No.

—¿Era esa muchacha la que trató de ligar conversación con él?

—¡Oh, no! Era una a quién llaman Lily, una rubia, gordita. Es de las asiduas.

Espizito, que escuchaba detrás del teniente, intervino:

—La morena del vestido blanco, la de la tercera mesa, es otra que se marchó sin pagar.

Laddy hizo señas a uno de los detectives.

—Localiza a ese periodista, ¿cómo se llama?

—Barney Chute —dijo el *barman*—. Trabaja en el «Daily Vanguard».

—Pregúntale quién era el otro tipo —el teniente pasó revista al grupo de camareros—. ¿Está ahí Spiegel? ¿Larry Spiegel?

Hubo un instante de silencio.



En el cajón había una cachiporra...

—No está —dijo Espizito, con sorpresa. Y exclamó—: ¿Cómo demonios...? ¿A dónde ha ido Spiegel? ¿Lo sabe alguno?

Nadie sabía nada.

—¿Y su liquidación? ¿Quién se ha hecho cargo de su liquidación?

Nadie se había hecho cargo de ella. Espizito lanzó una interjección de cólera.

—La liquidación es lo de menos —indicó el teniente—. Necesito saber dónde vive ese sujeto, o dónde se le puede encontrar.

El propietario del club miró a los camareros.

—Kramer —dijo a uno—, tú eres el delegado sindical. Tú conoces sus señas.

El aludido movió afirmativamente la cabeza.

—Tomad las señas e id a ver qué hay —ordenó Laddy a dos detectives. Buscó al director artístico con la mirada—. ¿Dónde vivía Candy Jones?

Charlie, el director artístico, se ajustó maquinalmente la chaqueta. Estiró el cuello.

—En el Hotel Old Mississippi.

Laddy envió dos detectives más al hotel. Sus ojos escrutaban los rostros del grupo que, en mesas contiguas, junto a la pista, habían formado los músicos y los artistas que integraban el espectáculo. Los compañeros de Candy Jones. El *speaker*, entre ellos, se había quitado el *smoking* rojo y su aspecto en mangas de camisa era lamentablemente vulgar. El cantante tejano estaba vuelto hacia la puerta de salida. Margo Miller, el trío cómico, una pareja de color y un muchacho flaco que tenía cierta semejanza con Fred Astaire joven, esperaban pacientemente a que todo aquello terminase.

—Hay algo grave referente a Candy Jones —les dijo el teniente— que conviene que aclaremos. Se inyectaba morfina. No sé absolutamente nada de esa muchacha, de sus antecedentes, de sus costumbres, de sus amistades. Me es imposible en estas condiciones sentar cualquier hipótesis acerca del motivo de su asesinato, pero el hecho de que fuera adicta a los estupefacientes me da una base para investigar. La utilizaré, a no ser que alguno de ustedes me indique un camino mejor.

—Candy llevaba cuatro días aquí, ya se lo dije antes —replicó Charlie—. Para todos nosotros, salvo, quizá, para Isaac y Terry, era una completa desconocida. Lo de la morfina puede explicar la inestabilidad de su carácter, pero, ¿por qué no investiga usted en Nueva Orleans? Le daré las señas de Jossian Wade.

—¿Quiénes son Isaac y Terry?

El director artístico señaló con un gesto a la pareja de color.

—Candy les conocía.

Eran sumamente jóvenes, especialmente él, por lo menos en apariencia. Semejaban un poco asustados. La muchacha sonreía forzosamente. Era fea, esbelta, de flexibles articulaciones y piernas largas. Isaac se pellizcaba el mentón. Tenía el cabello ensortijado, como lana negra.

—¿Sí? —preguntó Laddy—. ¿Les conocía?

—Habíamos actuado en el mismo programa, en Nueva Orleans, antes de venir a San Francisco —dijo Terry, cohibida—. Unos días nada más. Candy se peleó con el empresario.

—¿Jossian Wade?

—No. El señor Wade la contrató después.

—¿Qué pueden decirme de ella?

La negra titubeó. Buscó la mirada de su compañero.

—No sé... No tenía un carácter agradable. No la tratamos.

—¿Quién es Joe?

—¿Joe? —repitió la muchacha.

—Candy llevaba encima dos cartas firmadas por un tal Joe. Parecía hallarse con él en términos de gran intimidad, a juzgar por el texto de esas cartas.

Terry no contestó. Lo hizo Isaac, no sin humedecerse antes con la lengua los gruesos labios, y dirigiéndose a su pareja en lugar de a Laddy.

—Joe debe de ser el músico.

—Puede que sí —asintió la negra, en tono de duda—. Tenía un amigo músico que trabajaba en la televisión. Se llama Joe Reeves. Pero siempre estaban disputando.

—¿Se sabía que Candy tomaba drogas?

—Era una perdida —dijo Terry, encogiéndose de hombros—. Yo no lo sabía, pero no me sorprende.

—¿En qué sentido era una perdida?

Isaac miraba fijamente a la muchacha. Ella fue a hablar, hizo un gesto como si hubiera mudado de opinión, y por fin dijo:

—Está muerta, ¿no? Yo no soy quién para juzgarla.

—No se trata de juzgarla. Se trata de que yo sepa a qué atenerme respecto a ella. Cualquier información puede contribuir a la captura de su asesino.

—No me haga caso, teniente —Terry forzó una nueva sonrisa—. Candy era frívola, ligera de cascos, no tenía principios morales ni sentido de la honestidad y el pudor; eso es todo. Jugaba con los hombres. Personalmente, me disgustaba... y creo que no era la única. Pero ha muerto, y Dios le habrá dado su premio o su castigo.

Laddy posó los ojos en el negro, que estaba inmóvil, pendiente de las palabras de la mujer.

—¿Son ustedes matrimonio?

—¡Oh, no! Solamente pareja artística.

—Ya —masculló el teniente—. ¿Dónde puedo encontrarles si les necesito?

—A mí en el Hotel. Horniman.

—¿Isaac?...

—En el «Smart».

Laddy consultó su cuaderno de notas.

—Muy bien. Pueden marcharse todos.

Mike Espizito se le aproximó, mientras los grupos se dispersaban con un murmullo general que inequívocamente expresaba alivio.

—¿Podré abrir el establecimiento mañana?

—¿Por qué no?

El propietario, pensativo, hacía girar un cigarrillo entre sus dedos.

—¿Se ha fijado en Terry? Juraría que uno de los hombres con quienes

Candy jugó o quiso jugar, fue Isaac. Ella le cuida y le protege como una gallina a su polluelo. Solo que Isaac no es un polluelo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Oh, pues que dudo mucho que agradezca sus solicitudes. Están siempre como perro y gato... No me sorprende que él se haya mudado de hotel. Tiene bastante con soportar a Terry mientras trabajan.

—¿Vivían antes en el mismo hotel?

—Sí, en el «Horniman» —Espizito se puso el cigarrillo en la boca y lo encendió. Rio burlonamente—. ¿A usted no le interesan las gentes de color? Yo me parto de risa con sus cosas. Charlie sabe que me gusta tener constantemente negros en el espectáculo...

Uno de los detectives avanzaba a través de la sala.

—Sam Butlin —dijo al teniente.

—¿Quién es?

—El individuo del bar. El que tomó ocho whiskies y discutió con Chute.

Laddy frunció el entrecejo.

—¿Butlin? ¿No es una firma conocida en periodismo?

—Lo es. Le dieron el Premio Ramussen por su campaña sobre la administración pública. Un tipo con agallas... Las tenía hasta hace poco, por lo menos. Chute no parece muy seguro de él.

El teniente miraba al suelo.

—¿Por qué no?

—Ha dicho que Butlin atraviesa una crisis moral. ¿Sabe lo que significan esos ocho whiskies?

—No.

—Se casó hace un año. Geraldine, su mujer, murió hace poco en un accidente, y él no ha encajado bien el golpe.

—Comprendo.

—Chute andaba buscándole cuando le encontró aquí. Desde anteayer no se ha presentado en el periódico. Trató de llevárselo consigo, pero fracasó.

Laddy respiró profundamente.

—Habrá que dar con Butlin. Algo vio aquí que le hizo salir corriendo en pos de esa muchacha vestida de blanco. Vámonos.

El detective señaló la puerta principal.

—¿Por allí?

—¿No?

—Un rebaño de reporteros espera en la calle. El agente de la puerta no les deja entrar. Echan chispas.

—Saldré por detrás —gruñó el teniente—. Que entren cuando me haya marchado, y que vengan más tarde al Departamento; allí les atenderé. Tú

deja aquí dos agentes de guardia, los demás podéis retiraros... ¡Charlie! ¿Esas señas de Nueva Orleans?

El director artístico entregó las señas de Jossian Wade anotadas en una cuartilla. En la misma cuartilla anotó Laddy las de Larry Spiegel, el camarero ausente.

Luego abandonó el club por la puerta de servicio.

Larry Spiegel vivía en una modesta casa del barrio antiguo. Fue uno de los detectives que él mismo había enviado quien abrió la puerta al teniente cuando este llamó. Detrás del detective distinguió Laddy a una mujer de edad madura y voluminosas formas, envuelta en una bata de tela floreada, recogidos los grises cabellos en una redecilla.

—¿Su esposa?

—Su patrona —dijo el detective—. Spiegel tiene una habitación alquilada, ¿no es cierto, señora Kowalski?

—El señor Spiegel es una persona honorable —replicó la mujer, con voz chirriante y áspero acento—. ¿Quién les ha engañado a ustedes? «Buenos días, señora Kowalski», me dice siempre, al salir; y si se levanta cerca del mediodía, es porque trabaja de noche. ¡Pero trabajo honrado! ¡Su sonrisa es la de un hombre decente!

—Su sonrisa —repitió Laddy, pensativo—. Veamos esa habitación.

En la habitación estaba el segundo detective. Era una pieza sencilla, con un armario, una mesa, dos sillas y una cama metálica. El detective había abierto el armario. Dentro se veía un buen traje de gabardina gris-verde.

—Fíjese —dijo el detective, tirando de un cajón.

En el cajón había una cachiporra de cuero muy desgastada por el uso y una caja de municiones para pistola.

—¿Y la pistola? —preguntó el teniente.

—Ni rastro. Pero este tipo es un enigma. Su traje vale dinero, y sin embargo no posee más que uno, y solamente unos zapatos, y el mínimo imprescindible de ropa interior. Observe sus libros.

Los libros se hallaban sobre la mesa: dos novelas baratas, un grueso tomo correspondiente a un tratado de geopolítica que se componía de dos volúmenes más, una selección de poemas de Carl Sandburg, una obra titulada «Terapia psicosomática del inadaptado» y un manual de cría de perros de presa.

—Trate de adivinar la mentalidad, el carácter y las aficiones de ese pájaro a través de lo que lee —añadió el detective—. ¡Y es un camarero, teniente! ¿Qué conclusión extrae usted?

Laddy guardó silencio... No había conclusión posible, salvo que Spiegel adquiriría sus libros al azar y era capaz de leerlo todo. Aquellos libros parecían elegidos con un criterio comparable al que se sigue para amontonarlos, subirse encima, y dar cuerda al reloj de pared.

Ciertamente, Larry Spiegel era un enigma. Un camarero que abandonaba su puesto cuando en el local donde trabajaba se cometía un asesinato; que poseía un solo traje, pero de excelente calidad, y la ropa imprescindible para salir a la calle; que guardaba en un cajón de su armario una cachiporra y un estuche de municiones; que leía novelas baratas, y al propio tiempo tratados de geopolítica, poemas de Sandburg, obras de medicina psicosomática y manuales de cría de perros.

El teniente se oprimió las sienes con las manos.

—Llama al Departamento para que hagan circular la descripción de Spiegel. En alguna parte, quizá en el sindicato, tiene que haber una foto suya. Pedid a Thompson o a otro perito dactiloscopio que venga aquí, y dejad vigilancia. Tú, Ned, ponte al habla con la Oficina de Narcóticos. Spiegel puede estar complicado en el tráfico.

—¿Spiegel?

Laddy se encogió de hombros.

—Esa bailarina negra del «Simba Club» se pinchaba, y ha muerto. Cuando hayáis terminado con todo podéis marcharos.

CAPÍTULO V

El «Old Mississippi» era un hotel de negros de buena categoría, moderno, decorado con gusto chillón. Laddy se reunió en la habitación que fue de Candy Jones con los detectives que enviara por delante. El cuarto era confortable y olía vagamente a perfume.

Uno de los detectives dijo:

—Hemos terminado. Esperábamos sus órdenes.

El teniente miró en torno. El guardarropa, abierto, mostraba una colección de vestidos femeninos de bastante importancia.

—¿Hay algo?

—Esto.

Lo habían depositado sobre la cómoda: un estuche de material plástico que contenía una jeringuilla y una colección de agujas hipodérmicas, más cuatro cápsulas esféricas de un centímetro de diámetro. Laddy tomó las cápsulas y las examinó al trasluz.

—En la Oficina de Narcóticos sabrán de dónde proceden. Probablemente de Nueva Orleans. No recuerdo haber visto por aquí este tipo de envase.

—Aquí tiene algo más.

Uno de los detectives sostenía abierto un bolso de, mano. En su interior había un pequeño revólver niquelado, de cachas de madreperla, semejante a un juguete.

El teniente lo miró ceñudo, pero no lo tocó.

—¿Y bien?

—No ha sido usado en mucho tiempo. Está descuidado, sucio, mal engrasado...

—¿Cargado?

—El tambor lleno de proyectiles.

—Es un arma, de todos modos —Laddy hizo una mueca—. Dudo que la negra se la agenciase con idea de defender su virtud. Habrá que pedir ayuda a Nueva Orleans, porque esto no puede continuar así.

El otro detective anunció:

—Llamad a Thompson, o a quién esté de servicio. ¿Qué dicen en el hotel respecto a Candy Jones?

—Nada. Lleva aquí solamente cuatro días.

—¿Ha recibido visitas?

—No.

—¿Muchas llamadas telefónicas?

—De noche, no. Hemos hablado con el conserje nocturno.

—Está bien. Esperad a Thompson, y luego dejad esto vigilado.

Laddy abandonó la habitación y descendió al vestíbulo. El conserje nocturno le observaba desde detrás de su escritorio con mal disimulada curiosidad. Lo blanco de sus ojos destacaba sobre su cara negra.

—¿Sabe lo que ha pasado? —preguntó el teniente. El negro movió afirmativamente la cabeza.

—Lo han dicho los que vinieron antes que usted. Han matado a la chica.

—Candy Jones tendría amigos, ¿no? ¿Los ha visto con frecuencia por aquí?

—No he visto a nadie con ella. Venía todas las noches sola.

—¿Tarde?

—Sí, ya de madrugada. Las cuatro, o hasta las cinco.

—¿Se portaba bien?

—De haber sido hija mía, yo no hubiese tenido nada que echarle en cara.

—Hay padres complacientes —dijo Laddy.

Salió a la calle con las manos en los bolsillos.

—Al Departamento —ordenó al chofer del coche que le esperaba.

Los periodistas le habían precedido. Un nutrido grupo de ellos, fatigados y coléricos, aguardaba en el pasillo de la Oficina Criminal. El teniente aguantó impávido su acoso. Anunció que los recibiría minutos más tarde, entró en su despacho y cerró la puerta.

—Ha llamado Dailly —le informó el sargento de guardia—. Ha dicho que volvería a llamar.

Dailly era el detective encargado de las pesquisas entre el público del club. Un trabajo que requería toda una División: averiguar de las personas inscritas en la lista de asistentes si se encontraban en el lado derecho de la sala cuando Candy murió; y si era así, si notaron algo de particular en quienes se hallaban cerca de ellas. Refrescarles la memoria.

—¿Algo más?

—No.

El teniente se instaló en su escritorio y pidió comunicación telefónica con el Departamento Central de Policía de Nueva Orleans. Dio los datos que poseía acerca de Candy Jones y las señas del que fue su empresario, Jossian Wade. Solicitó un informe urgente.

Acababa apenas de hablar cuando llamó de nuevo Dailly.

—Esto es agotador, jefe —se lamentó el detective—. Muñecas estúpidas, horteras, empleadillos, el cuento de nunca acabar. Dos de ellos coinciden en la misma afirmación, que puede ser insignificante. Dicen que

vieron a un hombre cerca de la mesa que ocupaban...

—¿Los testigos estaban juntos?

—No, no; son dos, en mesas diferentes. No hay relación entre ellos.

—Sigue.

—Hemos determinado con bastante exactitud, creo yo, la zona de donde partió el disparo. Bueno, pues dicen que allí había un hombre. Un negro.

Los dedos de la mano izquierda de Laddy tamborilearon sobre el escritorio.

—De modo que un negro.

—Un negro joven.

—Trae acá a esos testigos.

—¡Pero si estarán ya en la cama!

—¿Has perdido el tino, Dailly? ¿Qué importa dónde estén? ¡Tráelos!

—Usted manda —masculló Dailly.

El teniente colgó el teléfono y dio orden de que entraran los periodistas. Escuchó un momento sus protestas. Luego levantó las manos para imponer silencio.

—Muy bien, he entorpecido deliberadamente la labor de la Prensa —admitió—. Solo les diré que en el caos desencadenado que encontré en el «Simba Club», no hubieran faltado sino ustedes para entorpecerme la labor a mí. Ahora, presten atención.

Hizo una declaración basada, primero, en que Candy Jones se inyectaba morfina; segundo, en la desaparición de Larry Spiegel y los resultados del registro de su habitación; tercero, en la fuga de la mujer vestida de blanco a quién, al parecer, seguía Samuel Butlin.

—¿Butlin? —inquirió el representante del «Daily Vanguard»—. ¿Se refiere a nuestro Sam Butlin?

—Sí.

—¿Qué demonios hacía un hombre como Butlin en ese local?

—Emborracharse —dijo fríamente Laddy—. Llevaba ya ocho whiskies, que dejó sin pagar.

—Pero, ¿usted sugiere que él tiene algo que ver con el asesinato?

—Creo haber expuesto cuál es mi idea. Butlin notó algo insólito en la conducta de esa mujer, no sé qué sería, y salió corriendo en su persecución.

El periodista señaló el teléfono.

—¿Puedo usarlo?

—Adelante.

Marcó el número de su periódico. Preguntó:

—¿Ha llamado por casualidad Sam Butlin? ¿No? ¿Hay noticias de él? ¿Tampoco? ¿Quién? ¿Barney le vio en el «Simba»? Sí, de acuerdo.

Colgó y miró a Laddy. Este dijo:

—Barny Chute trató de llevárselo poco antes de producirse el crimen. Según parece, su compañero Butlin sufre una grave depresión moral.

—Geraldine, su esposa —asintió el periodista, sombrío—. Una desgracia. Yo me marchó.

Otro reportero preguntó:

—¿Qué hay del asesinato en sí? Esto es lo importante. Han matado a una mujer ante centenares de personas, en un local cerrado, atestado de público. ¿Cómo lo explica usted, Laddy?

—No puedo explicarlo todavía. Busquen a Sam Butlin y pregúntenselo a él.

—¿Eso es todo?

—Es todo lo que les digo.

—Fanfarronadas. Le echa usted la tapa a la cazuela para que no veamos que está vacía.

Laddy, impasible, consultó su reloj.

—Vuelvan por aquí dentro de un par de horas, cuando tenga el guiso más avanzado. Entonces verán si está vacía o no.

—¡Vamos, teniente! ¡Si hay algo, sáquelo ahora!

—Dentro de un par de horas —repitió el teniente. Se puso en pie—. Buenas noches, muchachos.

Quedó solo en su despacho, meditabundo, trazando distraídamente grotescos dibujos en una cuartilla. Transcurridos cinco minutos, abrió la guía telefónica por la letra E y buscó el número de teléfono de Mike Espizito. Lo marcó.

—Teniente Laddy al habla.

El propietario del club inquirió con interés:

—¿Va a darme buenas noticias?

—Quiero saber si tiene usted en su local, a mano, un retrato de Isaac. Si puedo disponer de él, caso de que lo tenga.

—En el vestíbulo, fijados en un tablero, hay dos o tres. Torne el que guste. ¿Ocurre algo con Isaac?

—Que yo sepa, no. ¿Por qué?

—¿A mí me lo pregunta? ¿Y ese retrato?

—Necesito efectuar una comprobación.

—Ya —dijo Espizito, sarcástico—. Se parte uno de risa con las cosas de la gente de color, ¿verdad?

Laddy envió un agente al «Simba Club» con orden de traerle el retrato. Antes de que el agente regresara llegó Dailly.

—Están ahí fuera —anunció—. Un hombre y una mujer. El vende camisas en unos almacenes de la Avenida Lafayette, ella es mecanógrafa en el Banco Mayer; él se apellida Deodetto, y ella Johnson. Para haberlos sacado de la cama, se muestran de muy buen humor. Pero no tiene usted ni

la más remota idea del trabajo que representa haber localizado a esos dos en tan corto plazo, partiendo de...

—Gracias, Dailly —dijo el teniente, mirando al techo—. Que pasen uno por uno. Primero el vendedor de camisas.

Deodetto aparentaba veintidós o veintitrés años. Era evidente que se había puesto su mejor traje para colaborar con la policía. Llevaba todavía húmedo el negro cabello, por lo cuidadosamente que se había peinado para la ocasión.

—Repítale al teniente lo que nos ha contado a nosotros —le invitó Dailly—. Su declaración puede tener importancia.

—¿Sí? —el vendedor de camisas tosió nerviosamente. Una distraída sonrisa de Laddy le alentó a hablar—. Pues es cierto, vi a un negro cerca de nuestra mesa poco antes de ocurrir lo de Candy Jones. No me fijé mucho, pero las preguntas de los detectives han sido tan insistentes que he terminado por recordarlo.

—¿Con quién estaba, usted en la mesa?

—Con Andy Mac Givern, un amigo.

—¿Sin chicas?

—Sí, sin chicas.

—¿Su amigo vio al negro?

—Supongo que no. Pasó por detrás de él.

—¿Cómo era?

—Un muchacho. Estatura mediana, un traje corriente... No me fijé en él, repito. Tengo que hacer un gran esfuerzo de memoria para recordarle. Me da la impresión de que llevaba gafas y un bigotillo, pero no estoy seguro.

El teniente frunció el entrecejo.

—¿Usted va con frecuencia al «Simba Club»?

—Algunos sábados. Sí, con cierta frecuencia.

—¿Ha visto actuar a una pareja que ella se llama Terry y él Isaac?

—Una vez.

—¿El negro era Isaac?

Deodetto abrió la boca.

—¡Isaac! Bien, no podría decirlo. No sé ahora exactamente cómo es Isaac, aunque tengo idea de que no usa bigote ni gafas...

Laddy sacudió la cabeza.

—No los usa. Señor Deodetto, ¿le importaría aguardar ahí fuera unos minutos?

Dailly acompañó al vendedor de camisas y regresó con una muchacha. Ella parecía muy a sus anchas. Llevaba un vestido de última moda, pero de tela barata, y un largo collar de cuentas. Tenía el cabello castaño, la boca grande y los ojos sombreados artificialmente. Mascaba goma y sonreía. Su

mirada exploró rápidamente el despacho y se detuvo en el teniente.

Este dijo:

—Siéntese, señorita Johnson.

La muchacha obedeció. Una vez sentada, tiró del borde de su falda como para cubrirse las rodillas, pero no llegó a hacerlo.

—Le vi a usted en el «Simba» —anunció.

—No se trata de que me viera a mí —replicó Laddy con amabilidad —, sino a otro hombre.

—¿El negro?

—Cuénteme lo mismo que a mis agentes, por favor.

La joven reflexionó. Luego cruzó las piernas y se inclinó hacia adelante. Dejó de mascar.

—No estaba en una mesa con un muchacho. ¿Interesa el nombre?

—¿Podrá él ayudarnos?

—Si necesitan que alguien les describa detalladamente cómo era la chica que mataron, sí. Se la comía con los ojos.

—¿Candy Jones?

—Ujú. Esa negra tenía atractivo. Sabía acaparar las miradas masculinas. No es agradable que el muchacho que la acompañe a una caiga de pronto en éxtasis porque otra sale a una, pista a contonearse, ¿entiende? Y una negra, ¡vamos!

—Está bien. Volvamos al negro.

—Pues el negro pasó junto a nuestra mesa momentos antes de que cayera Candy Jones. Tropezó con la mesa, en realidad, y casi derramó mi copa. Parecía muy nervioso, muy aturdido. Murmuró una excusa y siguió adelante.

—¿Usted le vio alejarse? ¿Vio lo que hacía después?

—Lo siento, no presté atención... Miré hacia la pista.

—¿En qué dirección marchaba?

—Hacia el fondo de la sala... Entiéndame. El fondo de la sala, quiero decir el lado dónde están los músicos.

—La entiendo. ¿Su mesa estaba lejos de la del señor Deodetto? ¿Se fijó en él? Me refiero...

La muchacha rio en un susurro.

—Él se fijó en mí. ¡Qué manera de fisgarme! Sí, ya sé, se refiere al tipo que ha venido con nosotros, el que ha entrado antes que yo. Nuestras mesas estaban próximas.

—¿Cómo era el negro?

—Todos son iguales.

—¿Usaba bigote?

—No reparé, teniente.

—¿Gafas?

—¡Ah, sí, usaba gafas! Se las ajustó con la mano después del tropezón. Sobre la mesa de Laddy zumbó el interfono.

—Traigo la foto —anunció una voz, cuando aquel hubo conectado el aparato—. ¿La quiere ahora?

—Sí, pasa.

Entró un agente. Dejó una foto sobre el escritorio, lanzó una mirada a las piernas de la muchacha y se marchó.

La foto mostraba a Isaac y a Terry en uno de sus números de baile acrobático. Laddy la entregó a la joven.

—¿Isaac? —exclamó ella.

—¿Era él el negro que tropezó con su mesa?

—¡Oh, no!

—¿Por qué está tan segura? ¿No dice que no le prestó atención?

—He visto actuar muchas veces a Isaac. De haber sido él, le hubiese reconocido.

—Trate de imaginarle con bigote y gafas.

La muchacha contempló la foto entornando los párpados.

—No era él.

—Trae al muchacho, Dailly —suspiró el teniente.

Deodetto entró arreglándose la corbata. Sus mirandas escapaban hacia la señorita Johnson, pero estudió el retrato con atención.

—No era él.

—¿Se atrevería a jurarlo?

—Creo que sí. Intento verle con gafas y bigote, y no resulta. No era él.

Laddy, desalentado, apoyó las manos sobre el escritorio.

—No les molestaré más. Pueden marcharse, y muchas gracias.

—¿Fue el negro quien mató a Candy Jones? —preguntó la muchacha, deteniéndose en su camino hacia la puerta.

—¿Usted le vio disparar un arma?

—¡Por supuesto que no!

—Entonces no hay respuesta a su pregunta.

Hacía diez minutos que los dos jóvenes habían salido, y el teniente estudiaba con Dailly la situación, cuando sonó el teléfono.

—Precinto Doce —dijo un hombre, en tono fatigado—. Aquí O'Donell, inspector de guardia. ¿Hablo con el teniente Laddy?

—Yo mismo.

—Me informan ahí de que usted se ocupa de un asesinato cometido esta noche en el «Simba Club».

—Sí.

—Tengo a un sujeto que se empeña en hablar con el encargado de ese caso. Se lo envió inmediatamente.

—¿Quién es?

La voz cansada de O'Donell respondió:
—Samuel Butlin. Un periodista.

CAPÍTULO VI

Laddy escuchó el relato con religioso silencio, completamente inmóvil. Su mente trabajaba. Sus ojos estudiaban al hombre sentado ante su mesa, recorrían su despejada frente y sus enérgicas facciones, sondeaban sus pupilas grises. Samuel Butlin era inteligente y resuelto. Pero había algo roto en él, algo interior, que no se notaba a simple vista.

¿Qué nombre habían dicho?

Geraldine. Su esposa, muerta en accidente.

Le hubiera gustado conocer a Butlin antes de aquello. Estaba seguro de que entonces no existían las sombras que velaban su mirada ni el rictus amargo de su firme boca.

Cuando la narración del periodista hubo terminado, Laddy se puso en pie.

—¿Quiere que le sea a usted franco?

—Se lo ruego.

—No creo una palabra de lo que me ha dicho. Una mujer vestida de blanco, totalmente desconocida para usted, abandonó el «Simba» a la muerte de Candy Jones, lo cual pudo ser, bien una reacción histérica, un reflejo provocado por el terror, bien el sensato propósito de apartarse de la escena del crimen. No obstante, sin motivo alguno, usted siguió a esa mujer, y ella le condujo a un lugar donde había otro cadáver. De este lugar huyó un hombre. Usted emprendió su persecución, cambió con él unos disparos, entró, buscándole en una casa solitaria, y otra mujer le tendió una trampa. Lo último que recuerda es que alguien le descargó por la espalda un golpe en el cráneo. ¿Qué pasó después?

—Desperté en las oficinas del Precinto Doce. Un patrullero que me había encontrado tendido en la calle acababa de conducirme allí.

El teniente abrió y cerró los puños.

—Le hablo con sinceridad, Butlin. Todo eso tiene usted que haberlo soñado o imaginado. Supongamos que hubiera bebido con exceso... que lleve bebiendo con exceso algunas noches...

—No diga tonterías.

—Lo siento. Su historia no encaja con la visión que yo tengo de lo ocurrido en el club. Sus propios actos son arbitrarios.

—¿Por qué arbitrarios? Había un motivo para que yo siguiera a la mujer del vestido blanco. Se lo he dicho: su actitud antes de que apareciese Candy Jones, su expectación cuando la negra empezó a bailar.

—Butlin, usted es un hombre inteligente —Laddy se inclinó persuasivamente hacia el periodista—. Trate de comprenderme. Yo tenía la esperanza, casi la certidumbre, de que habría usted visto algo, ¡algo positivo! que relacionara a esa desconocida con el asesinato. La situación es absurda. Alguien disparó una pistola en plena sala del «Simba» y mató a una mujer ante las narices de centenares de espectadores. ¡Ha de existir una evidencia de ello! ¡No me diga que usted emprendió la persecución de la muchacha vestida de blanco solamente porque miraba a Candy Jones con interés!

—Y porque se parecía a alguien —murmuró Sam.

—¿Cómo?

El periodista se encogió de hombros.

—No salí tras ella porque presumiese que había disparado contra Candy. Lo hice porque me pareció aterrorizada, porque intuí que la amenaza que acababa de materializarse contra la bailarina se cernía también sobre su cabeza.

—Un periodista, y usted lo es, no se rige por vagas razones sentimentales.

—¿Cree usted que deliberadamente le oculto algo? ¿Qué intento proteger a esa muchacha?

—Por lo menos da esa impresión. ¿Qué pruebas garantizan la veracidad de su historia? Dice que un, hombre le encañonó con una pistola en el aparcamiento del club y que usted se la arrebató. ¿Dónde está?

—Cuando recobré el sentido no tenía ya la pistola, ni tampoco la cartera del hombre muerto en el almacén de material eléctrico. No es culpa mía.

—¿Dónde está ese almacén?

—No lo sé exactamente. Del lado de Hartfield Garden. Conozco bien la ciudad, pero no el detalle de cada distrito.

El teniente abrió sobre su escritorio la guía, telefónica.

—¿Cuál era el nombre del almacén?

—«Tambs Electric Supplies». El muerto se llamaba Luther Tambs.

Laddy volvió las páginas de la guía.

—Aquí está —gruñó—. Solo el número y las señas del almacén. Ese Tambs no tiene teléfono privando, o no lo tiene a su nombre —cerró la guía de un manotazo—. Vamos allá. Veremos qué hay de cierto en todo eso.

En silencio, Sam salió con él del despacho y le siguió a la calle. El teniente requirió su coche.

—Localízame Crab Lane —ordenó al agente conductor.

—¿Crab Lane? ¿Crab Lane? —repitió el agente, pensativo.

Tomó del «tablier» el plano-guía de la ciudad y lo aproximó a la luz.

—¿Y bien?

—Más allá de Ellis Square.

Partieron.

Sam no dijo nada, pero una vez en Independence Avenue comenzó a identificar el itinerario que siguiera en su loca carrera tras del «Mercury» de la muchacha. El coche tomó rumbo norte. Transcurrió el tiempo. El casco urbano quedó atrás. Sam dudaba ya de haber recorrido tanta distancia cuando, súbitamente, llegaron a la obscura plaza que tenía en medio un jardín público.

—Ellis Square —anunció el conductor.

Consultó de nuevo el mapa. Minutos después, en, una calle desierta, Sam descubría su propio automóvil parado en el mismo lugar donde lo dejó.

—Allí es.

El teniente se apeó.

—¿Es ese su coche?

—Sí. Y no me diga que le sorprende no ver también el «Mercury». La muchacha ha debido marcharse hace horas.

Laddy, ante el edificio de dos pisos, leyó el rótulo: «Tambs Electric Supplies». Luego se dirigió a la menor de las dos puertas y tentó la hoja.

Estaba cerrada.

La grande lo estaba igualmente.

—Era de suponer —murmuró.

—¿Permitirá que eso le detenga?

—¿Quiere que me juegue el empleo?

Sam dijo a media voz:

—Sí.

—Muy bien —gruñó el teniente—. Son ustedes, los periodistas, quienes protestan de que la policía haga estas cosas.

Hurgó en el bolsillo de sus pantalones, sacó un manojo de llaves y eligió una de forma especial. La introdujo en el ojo de la cerradura y, con rapidez que sorprendió a Sam, sonó un crujido y quedó abierta la puerta.

—¿Siempre es tan fácil?

—Una cerradura de resorte —dijo desdeñosamente Laddy, empujando la puerta—. Veá, hay además una «Yale» de seguridad, pero no ha sido utilizada.

Extendió la mano hacia la pared, halló un interruptor y lo accionó. Se encendió la luz.

—Una nueva fantasía mía —comentó Sam—: las luces no se encendían. ¿No es eso lo que está pensando?

El teniente subía ya las escaleras. No contestó.

Sam reconoció el vestíbulo, los gráficos estadísticos, las fotos. A la derecha se hallaban el corredor y la puerta del despacho.

Ahora sí funcionó el interruptor colocado junto a, aquella puerta.

El despacho estaba vacío.

—Bien, Butlin —dijo el teniente.

Sam permaneció inmóvil, apoyado en el quicio de la puerta. No había confusión posible: la gran mesa negra, los sillones de color castaño. Pero el cadáver de Luther Tambs había desaparecido.

—De acuerdo, ha sido todo pura invención. O lo he soñado. O me lo ha inspirado el alcohol. Como guste. Conste que yo no pretendía sino ayudarlo. El asesinato de Candy Jones es un problema suyo, no mío.

Laddy, mirando fijamente al periodista, se colocó, un cigarrillo entre los labios y lo encendió con parsimonia.

—Responda a una pregunta, Butlin. Si los agentes del Precinto Doce no le hubieran encontrado en la calle sin conocimiento; es decir, si no se hubiese visto en manos de la policía y obligado a dar una explicación, ¿también habría pretendido ayudarme?

—No lo sé. Eso no ha ocurrido.

—¡Infiernos! —exclamó Laddy, con vehemencia—. ¿Y cómo sé yo que lo que me ha contado no es una patraña para salir del paso? Pese a sus incongruencias, quizá podría creerle si hubiera usted venido a relatarlo espontáneamente. ¡Pero así!... Por última vez, Butlin. ¿Qué fue lo que realmente hizo la muchacha vestida de blanco para que usted saliera tras ella? ¿Qué pasó después? ¿Qué es lo que está tratando de ocultarme?

Sam no apartaba la mirada del lugar donde había visto muerto a Luther Tambs. Ni una mancha de sangre. Todo en orden, correcto, regular y limpio.

Una muchacha que se parecía a Geraldine. ¿Qué fue lo que realmente hizo? Ciertamente, ¿qué fue?

Resultaba insensato prolongar aquello; prolongar algo que nunca debió haber comenzado.

—Será mejor que me marche a casa —rezongó.

El teniente le asió del brazo.

—No, ahora se queda. Siéntese ahí y espere. Puesto que me ha traído al baile, déjeme bailar.

Sam se acomodó en uno de los sillones, con la rara sensación de tener los pies donde antes había habido un cadáver; porque era seguro que lo había habido.

No prestó la menor atención a Laddy, quien, mientras tanto, emprendió el registro del despacho, metódicamente, sin darse prisa. Luego extendió aquel registro al resto de la casa. Durante largo rato le oyó el periodista maniobrar en las oficinas exteriores, descender a la planta baja, regresar al piso. Los rumores apenas hallaban eco en su conciencia.

Desde las oficinas, el teniente llamó por teléfono:

—Toma nota, Robinson. Un tal Luther Tambs vive en los Apartamentos Boxwell, seiscientos doce, Boxwell Terrace. Envía un patrullero en su busca. Si no está, que le esperen. Tardaré todavía en aparecer por ahí. En caso de urgencia, ved si me encontráis en el «Simba Club».

Sam se oprimía la cabeza entre las manos.

—¡Vámonos, Butlin! —le ordenó Laddy, desde el pasillo.

Se alzó del sillón y siguió al policía sin decir nada.

—¿Me necesita aun? —preguntó al llegar a la calle.

—Sí. Tome su coche y diríjase al «Simba». Nosotros iremos detrás de usted.

Obedeció.

Ahora reconocía el trayecto. Aquí había visto por última vez las luces de cola del «Mercury» de la muchacha. Allí esquivó ella el camión. Más allá estaba el cruce donde se había detenido.

Recorrió Independence Avenue en dirección sur y dejó el coche en el aparcamiento del club nocturno.

Laddy le aguardaba en la esquina.

—No hay novedad, teniente —dijo el agente apostado en la puerta del local.

—¿Estás solo? —preguntó Laddy.

—Con Cabot. Le encontrará dentro.

Vacío, solitario, con las mínimas luces encendidas, el club olía mal, a colillas húmedas y desinfectante.

Cabot, el otro agente, asomó por una de las puertas que comunicaban con los servicios. Laddy agitó la mano como ahuyentándole.

—Sigue —dijo. Se volvió al periodista—. Usted estaba en el bar cuando mataron a Candy Jones. Muéstreme dónde estaba la mujer vestida de blanco.

Sam se internó en la sala hasta la tercera mesa de pista.

—Aquí.

Aquella mesa, como el bar, se hallaban en el lado izquierdo. Laddy se humedeció los labios.

—¿Vio a un negro?

—¿A qué negro se refiere?

—A un muchacho negro que usaba bigote y gafas. Son raros los negros con bigote, sobre todo los negros jóvenes. ¿Recuerda si le vio? Deambulaba entre las mesas; entre las mesas del otro lado, a decir verdad, pero es posible que pasara por aquí.

El periodista sacudió la cabeza.

—No.

—¿Veía usted el otro lado de la sala?

—No recuerdo, pero dudo que pudiera verla. Estaban de por medio las luces de la pista. Vería una zona de penumbra, en todo caso.

—¿Y el fogonazo del arma que mató a Candy Jones?

—¿Hubo fogonazo?

—Pregunto.

—En el preciso momento de producirse el disparo estaba yo vuelto de espaldas a la pista, pidiéndole una copa al *barman*. La conmoción del público me advirtió que algo ocurría.

—¿Se hallaba en su mesa la mujer del vestido blanco?

—Se hallaba unos segundos antes.

—¿Haciendo qué?

—Mirando a Candy Jones.

—¿Y después?

—Todos se habían puesto en pie. No la vi hasta encontrarme camino de la puerta, cuando pretendía avisar al portero de que no debía salir nadie, en lo, que alguien se me anticipó voceándolo por el micrófono.

—¿Insiste usted en esa declaración, Butlin?

—Otra cosa sería mentir.

El teniente anduvo alrededor de la pista hasta alcanzar el lado contrario de la sala. Parado allí, miró, a derecha e izquierda. Entornaba los párpados. Trataba de reproducir mentalmente la escena que en aquel limitado espacio se había desarrollado. Deodetto, el vendedor de camisas, ocupaba con su amigo una de aquellas mesas. Otra la ocupaban la señorita Johnson y su galán. Un muchacho negro había pasado en dirección a la puerta del fondo...

¿Fue él quien disparó?

Tenía que ser él. Se encontraba en el lugar preciso, y en el momento preciso. A cinco metros de Laddy se alzaba una columna recubierta de pequeños espejos, un monumento de vulgaridad y mal gusto. Había tres más, cuatro en total, dos a cada lado de la pista, destinadas a sostener sobre esta una falsa cúpula. El muchacho negro tenía que haber avanzado entre las mesas hasta la columna, adosado el cuerpo a ella y disparado ocultando la pistola. Se necesitaba mucha suerte o una excelente puntería para, en estas condiciones, alojarle a una persona que bailaba y se agitaba en la pista una bala en el mismísimo corazón.

¿Suerte? ¿Puntería?

Laddy apretó los puños. En línea recta con la columna y el punto donde Candy Jones había caído, ¡estaba la mesa que ocupó la mujer vestida de blanco! ¡Una mesa de pista, perfectamente iluminada!

¿Era esto? Agitándose al compás de su baile, ¿tuvo Candy Jones la mala fortuna de interponerse en el camino de una bala que no iba destinada a ella?... ¿Fue aquella desconocida la persona a quién el negro pretendía

matar? ¿Huyó por este motivo?

Un grito inesperado y un fuerte ruido arrancaron al teniente de sus pensamientos.

—¡Eh! —exclamó una voz ruda—. ¿Quién anda ahí? ¡Eh, alto!

Laddy giró en redondo.

Una de las puertas de la sala se había abierto. El hombre que apareció por ella se detuvo un instante, sorprendido, como si no esperase encontrar allí a nadie. Luego emprendió veloz carrera, y al propio tiempo Cabot, el agente de guardia, apareció detrás de él y se precipitó en su persecución.

El teniente sumóse a esta y observó que otro tanto hacía Sam Butlin. Pero el hombre escapaba como una rata. En fracciones de segundo alcanzó la puerta inmediata al estrado y huyó por ella. Cabot le siguió; luego Laddy, luego el periodista. Los tres, más allá de la puerta, se encontraron en la obscuridad. El agente lanzó un juramento.

Al final del pasillo, la puerta trasera que conducía a la calle estaba abierta. Cuando el teniente y Sam la traspusieron, el guardia, fuera, hacía sonar furiosamente su silbato, y al fugitivo no se le veía por ninguna parte.

—Te prometo un ascenso si das con él, Cabot —dijo Laddy—. Soplando no arreglas nada.

El agente echó a correr.

—¿Sabe usted quién era ese hombre? —preguntó el periodista.

—Lo supongo. ¿Y usted?

—El mismo a quién arrebaté la pistola en el aparcamiento: el que protegía la fuga de la muchacha vestida de blanco.

Laddy encendió la luz del pasillo y, en silencio, regresó a la sala. Al llegar a esta, dijo:

—Ese hombre es uno de los camareros del club y se ausentó poco más o menos cuando mataron a Candy Jones. Se llama Larry Spiegel. Juraría que se trata de él.

Sam le miró, perplejo.

—Teniente, no entiendo una palabra.

Laddy continuaba andando. Fue al vestíbulo y entró en una de las cabinas telefónicas. Llamó a la Oficina Criminal.

—¿Hay algo, Robinson?

—No han encontrado al de los apartamentos Boxwell. Están esperándole.

—Muy bien. Ned Mac Gee y Bruno Saxon se ocupan de Larry Spiegel... Spiegel, ¿oyes el nombre?... Hazles llegar la orden de que investiguen cuánto tiempo llevaba trabajando en el «Simba» y cómo entró a formar parte del servicio. Todo lo relativo a Spiegel tiene preferencia. Quiero el informe pronto.

—Comprendido.

Sam esperaba junto a la puerta de la cabina. Vio al agente Cabot entrar jadeante en el vestíbulo en el momento en que Laddy abandonaba aquella.

—Tono inútil, teniente. Se ha esfumado.

Laddy encajó la noticia con resignación.

—¿Dónde le descubriste? ¿Qué hacía?

—Oí un ruido por la parte de los camerinos —Cabot sacó un pañuelo y se restañó el sudor. Su compañero, el otro agente, le miraba con curiosidad desde la puerta de la calle—. Me pareció que había luz... Salió escapado, ¡qué modo de correr!

—¿Estaba en uno de los camerinos?

—En el de la chica negra, la que han matado.

El teniente permaneció pensativo. Alzó la vista, que tenía fija en el suelo, y la posó en Sam. Guardó todavía un instante de silencio.

—Puede marcharse, Butlin —dijo después—. Le recomiendo un somnífero. Acaso unas horas de sueño el aclaren las ideas; y crea que no ignoro el verdadero motivo de sus actos...

—¿A qué se refiere?

—A que usted se lanzó ciegamente en pos de la mujer vestida de blanco por el solo hecho de que le recordaba a su difunta esposa. Pero ella no es su esposa, y el parecido puede ser estrictamente superficial. Procure no olvidarlo, Butlin.

El rostro del periodista se ensombreció.

—Está bien. Vi la placa de su coche. Esto quizá pueda ayudarle.

Laddy respiró profundamente.

—Diga.

Sam recitó el número. Cuando su interlocutor lo hubo anotado, añadió:

—En cuanto a la mujer de la casa solitaria, donde me golpearon, ¿qué? Hablemos claro de una vez, Laddy. ¿No se da cuenta de que en esa casa puede estar la clave de todos los enigmas?

—No le habrían dejado a usted con vida si la clave estuviera allí. De todos modos, trataré de localizar el lugar —Laddy sonrió burlescamente—. Sigmund Freud extraía conclusiones apasionantes de la interpretación de los sueños. Buenas noches, Butlin.

Sam giró sobre sus talones y abandonó el club.

Pasó junto al coche del teniente, estacionado frente al local; dobló la esquina; avanzó hacia su propio coche por el aparcamiento.

Asió la manija de la portezuela.

—Arriba las manos —dijo una voz queda, a su espalda.

Era una voz de mujer.

CAPÍTULO VII

Ella estaba allí. No podía verla, pero estaba allí.

Sam se estremeció.

—Arriesga usted demasiado —dijo—. La policía le corta la retirada. Hay un coche al doblar la esquina y un agente en la puerta del club. El teniente Laddy...

—Cállese.

Manteniendo las manos en alto, él comenzó a dar media vuelta.

—Un tiro sería su perdición. Sembraría la alarma.

No se había equivocado. Estaba allí, con su bello traje blanco y una automática de pequeño calibre en el puño. Se sintió verdaderamente turbado al contemplarla: su cabello de un negro intenso, sus ojos con reflejos verdes, sus labios tiernos, su delicada nariz, su expresión de inteligencia, su cálida vitalidad, su armoniosa figura... Parecía imposible.

Ella dio un paso atrás, y dijo:

—No se equivoque conmigo. No vaya a menospreciarme porque soy una mujer. Quiero la cartera de Luther Tambs, y no vacilaré en disparar si se resiste a entregármela.

—No tengo esa cartera. Me la robaron.

—La excusa no sirve. Voy a registrarle. Intente algo y dispararé.

Sam no se movió. Dejó que la muchacha se aproximara. Dejó que tanteara sus bolsillos y extrajese su propia cartera. Una tenue nube de perfume le había envuelto. Cerró los ojos.

—Esa cartera es la mía.

Sin hacer caso de sus palabras, la joven se apartó para examinar su botín bajo una luz. El coche la ocultó un instante.

Sonó un golpe seco, seguido de un gemido sordo. Unos pasos veloces. El choque de un cuerpo contra el asfalto.

Sam rodeó el coche.

La muchacha del vestido blanco yacía inmóvil en el suelo. La pistola había escapado de su mano y aparecía a corta distancia. La cartera había desaparecido.

El periodista permaneció unos momentos arrodillado junto a la joven, sin saber exactamente qué hacer. Ella no estaba muerta, sino solo desvanecida. Al autor de la agresión no se le veía por ninguna parte.

Lo más sensato, pensó Sam, era volver al club y avisar a Laddy. Pero, ¿cuál era la situación de la muchacha? ¿Qué papel había desempeñado en

el asesinato de Candy Jones y en el de Luther Tambs? ¿De qué modo se relacionaba con el misterio que había culminado con la desaparición del cadáver de Tambs? ¿Tenía el derecho a entregarla a la policía sin una explicación?

¡Tener derecho! ¿Cómo no iba a tener derecho?

Una vaga sonrisa se extendió por los labios del periodista. Aguardó todavía unos segundos. Luego, como la joven no diera señales de recobrar el sentido, recogió la pequeña pistola, abrió la portezuela del coche, tomó en brazos a la desconocida y la depositó en el asiento delantero. Se instaló a su lado. Puso el coche en marcha, lo sacó del aparcamiento y se alejó del club nocturno y del teniente Laddy.

Había encontrado una prueba irrefutable para demostrarle a Laddy la veracidad de su historia. Sin embargo, momentáneamente, aquella prueba se la reservaba para sí. También a esto tenía derecho.

Antes de que el viaje terminara, la muchacha movió los labios para emitir un murmullo ininteligible y entreabrió los ojos. Estaba, empero, como ebria cuando Sam detuvo el coche ante su casa. Tuvo que tomarla en vilo e ingeniárselas para abrir puertas, conducirla al ascensor e introducirla por último en su apartamento.

La tendió en el diván y permaneció un instante mirándola. Ya no había sonrisa en sus labios, sino un amargo rictus que iba acentuándose poco a poco, al tiempo que sobre su cara se cernía una sombra.

Se oprimió la frente con ambas manos, como para aplastar un pensamiento doloroso. Por fin se decidió a actuar. Lavó el rostro de la joven con una toalla húmeda y le dio a beber un trago de *whisky*. Ella tosió. Abrió los ojos y miró en torno con sorpresa. Su mirada estaba aclarándose cuando encontró la del hombre.

—Así que consiguió derribarme —articuló.

—No fui yo —replicó él quedamente—. No alcancé a ver quién era. Beba otro trago.

Ella bebió. Sus mejillas adquirieron algún color. Se palpó con gran cuidado la cabeza.

—¿Quién es usted?

—Sam Butlin. Un periodista.

—¿Sam Butlin? ¿Se refiere al del «Daily Vanguard»?

—No puede ser.

—Sí.

—¿Qué es lo que no puede ser?

La muchacha se echó el cabello atrás y mudó de posición para sentarse en el diván donde estaba tendida. Ordenó la falda de su vestido. Cogió la toalla húmeda y se la aplicó a la nuca.

—¿Qué tiene usted que ver con esto, Butlin?

—¿Con qué?

—Es ridículo fingir, ¿no cree? Usted me siguió al almacén de Tambs. Le vi allí.

—Exactamente: la seguí desde el «Simba». Pero eso es todo.

La joven tenía todo el cuerpo en tensión. Su mirada perforaba a Sam.

—¿Todo? ¿Qué quiere decir?

—Reparé en usted en el club. Observé cómo se asustaba y emprendía la fuga cuando mataron a Candy Jones. Despertó mi curiosidad, y la acentuó el hecho de que, en el aparcamiento, un hombre tratara de impedir que la siguiese amenazándome con una pistola. Hasta aquel momento había pensado que usted necesitaba ayuda. Luego ya no he estado tan seguro.

—Entonces, ¿por qué no me ha conducido a la policía?

El titubeó. Dijo a media voz:

—Tengo un motivo.

—¿Cuál es?

—No le importa.

—¿Pretende obtener información para su periódico?

—No sé lo que pretendo. Le digo la verdad: no lo sé. He sentido la necesidad de traerla aquí. Puede marcharse si no se siente a gusto.

—¡Usted está loco!

—Posiblemente.

—Butlin, ¿habla en serio?

El sacó del bolsillo las llaves de la casa y las arrojó sobre el diván.

—Pruébelo. Ya encontrará modo de devolvérmelas.

La muchacha tomó las llaves y se puso lentamente en pie. Se apoyó en el respaldo del diván hasta que sus piernas la sostuvieron con firmeza.

—Lo probaré —anunció.

Sam no se movió. No dijo nada. Su rostro semejaba tallado en piedra. En silencio presenció cómo la muchacha atravesaba la habitación camino de la puerta, abría esta y se paraba en el umbral.

—Buenas noches, Butlin. Gracias por sus atenciones.

La puerta se cerró. La joven había desaparecido.

Lentamente, cabizbajo, Sam rodeó el diván y se dirigió a la pieza contigua. Dio la luz. Dos lámparas gemelas se encendieron en dos mesitas gemelas. Había también dos camas gemelas; una preparada para la noche, con el embozo vuelto y el pijama extendido sobre la colcha; la otra, intacta: lisa la almohada en su funda limpia, sin una huella, como si nunca se hubiera apoyado en ella una cabeza. Nunca.

Sam permaneció con la vista fija en aquella almohada, apretando los puños. La muchacha se había marchado. Jamás sabría la verdad. Nadie, ni Laddy, ni ella, ¡nadie! ¿El asesinato de Candy Jones? ¿La muerte y desaparición de Luther Tambs? ¿La mujer de la casa solitaria? ¿El

escurrizado desconocido del «Simba Club»? ¡Al infierno!

Era otra historia. La historia era otra historia: la de una almohada sin cabeza en un cuarto con dos camas gemelas, dos mesillas gemelas, dos lámparas gemelas. ¡Dios! Posiblemente estaba loco. ¿Qué importaba lo demás?

Ni ella ni nadie podría comprenderlo.

—No he conocido a otro como usted, Butlin.

La muchacha había regresado. Sam oyó su voz, pero no se volvió. Luego captó el ligero taconeo que marcaba el ritmo lento de sus pasos. Supo que ella avanzaba hasta situarse junto a él en el umbral de la habitación. Supo que miraba lo que él estaba mirando.

Apagó la luz y cerró la puerta.

—No lo digo por decirlo, Butlin, se lo aseguro. No consigo entenderle.

Sam fue nuevamente hacia el diván y, en la mesa colocada delante, se sirvió cuatro dedos de *whisky*. Lo bebió puro, con avidez.

—¿Ha regresado por eso?

—He regresado para pedirle otro trago y un par de aspirinas. Mi cabeza va a estallar... ¿No tendría también un poco de café?

La joven se había acomodado otra vez en el diván. Sin pronunciar palabra, Sam fue al cuarto de baño en busca de un tubo de aspirinas. Sacó la cafetera y el recipiente de café de una alacena, los colocó sobre la mesa y preparó dos tazas.

Súbitamente preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Nora O'Neill. Dígame, Butlin...

—¿Qué?

Ella engulló las aspirinas con un sorbo de *whisky* y soda. Estaba perpleja.

—¿Realmente abandonó el «Simba Club» detrás de mí con el propósito de ayudarme?

—Dejemos eso, ¿quiere?

—No, Butlin, no quiero. Hay ciertas cosas... Usted se llevó la cartera de Luther Tambs. Le vi. Tenía encendida una cerilla. ¿Qué ha sido de esa cartera?

—¿Le he preguntado yo algo?

La muchacha, con gesto impaciente, tomó un cigarrillo del estuche colocado encima de la mesa, lo encendió y aspiró una rápida bocanada.

—Butlin, esto no es un juego. Esta noche han matado a Candy Jones y a Luther Tambs; para mí, dos golpes, dos pérdidas irreparables; un trabajo de meses que se ha malogrado. Trato de salvar algo del desastre, y la cartera de Tambs es mi última esperanza.

Sam miraba fijamente la cafetera.

—¿Dónde está Tambs?

—¿Dónde? —Nora O'Neill frunció el entrecejo—. Usted le vio muerto en su despacho. ¿Por qué dice eso?

—Porque he vuelto al despacho de Tambs recientemente. Su cadáver había desaparecido. Las luces de la casa funcionaban, y estaba cerrada la puerta exterior. No quedaba el menor rastro de que allí se hubiera cometido un crimen.

—¡Por favor, Butlin!

—Le digo la verdad.

La joven sacudió con violencia la ceniza de su cigarrillo.

—Está bien, atiéndame. ¿Qué ha pensado de mí cuando he escapado del «Simba»?

—Que tenía miedo.

—¿De morir?

—Sí.

—Lo tenía, pero no de morir. Lo tenía de que muriera Tambs. Y ha muerto. ¿Quiere escucharme?

Sam se encogió de hombros.

—Siga.

—Yo me hallaba en el club para establecer contacto con Candy Jones y recibir de ella un informe. La han matado ante mis ojos. No se ha perdido mucho: una toxicómana sin conciencia y sin moral, un desecho humano; y un informe de relativo interés. Cuando la he visto caer he sentido que el enemigo estrechaba sus redes y que yo estaba a punto de caer en ellas. Mi primer pensamiento ha sido para Tambs. Él se hallaba por encima de Candy, y él sí tenía importancia... Me han fallado los nervios. Probablemente le hubiera salvado la vida si le hubiese prevenido por teléfono de lo que acababa de ocurrir...

Sam dijo:

—No entiendo una palabra.

—¿Ha oído hablar de Giacomo Bernini?

El periodista disimuló su sorpresa.

—Naturalmente.

Bernini era un profesor de origen italiano que trabajaba en los Laboratorios Balísticos de Louisiana, en Latoosa City, cerca de Nueva Orleans. Había sido detenido bajo acusación de perjurio, y acusado de espionaje poco tiempo después. Se presumía que había trabajado para los agentes soviéticos en Italia, antes de su inmigración a los Estados Unidos. Fue llamado a declarar. Lo negó. El F. B. I. acababa de demostrar que su negativa fue falsa y pretendía que, además, Bernini continuaba en aquellos momentos en contacto con los mismos agentes, a quienes suministraba, de las investigaciones secretas realizadas en Latoosa City, preciosa

información.

Todos los periódicos habían hablado del caso.

—Candy Jones fue uno de los elementos que se utilizaron para corromper primero y presionar después a Bernini —dijo la muchacha—. El sucumbió fácilmente a sus encantos. Ella cobró alrededor de cinco mil dólares por hacer de él un muñeco.

—¿Cinco mil dólares de los agentes extranjeros?

—Sí. Directa o indirectamente.

—¿Usted qué papel desempeña en esa historia?

—Un comité federal presidido por el general Odell se ocupa del asunto Bernini. Trabajo a sus órdenes.

—¿Usted?

—Y otros. Pertenezco a la Sección «C» de la Oficina de Seguridad de la Secretaría de Estado. Mi padre es el coronel O'Neill, puede que le haya oído mencionar. Estuve con él dos años al salir de la Universidad, casi un año en Europa, y luego obtuve mi destino en la Oficina.

—Se habla de un coronel O'Neill que dirige desde Washington la llamada «Red Bisonte»; es decir, el servicio civil de contraespionaje.

—Sí, es mi padre.

El café comenzaba a manar por el doble caño de la cafetera. Sam prestó al proceso la mayor atención. Una vez terminado, desconectó la cafetera, tendió una de las tazas a la muchacha y tomó la otra para sí.

—Continúe.

Ella asintió.

—Bien, pues el comité federal intenta, como es de suponer, montar la acusación contra Giacomo Bernini. La pieza clave parecía ser Candy Jones. Lo era, efectivamente. Candy sabía muchas cosas, no solo del acusado, sino de la organización que le utilizaba. Pero estaba aterrorizada, esclavizada a las drogas, y hubo que prometerle protección y determinadas compensaciones. Dijo que quería venir a San Francisco, actuar en el «Simba Club», escapar de las tenazas que la estrangulaban en el barrio francés de Nueva Orleans. Esto resultó fácil. Le dimos un pequeño margen de tiempo. Terminaba hoy. Era yo la encargada de ponerse al habla con ella.

Sam sorbía lentamente su café.

—¿Y Luther Tambs?

—Tambs fue quien hundió a Candy en el lodo y la echó en brazos de la organización. Ha sido un valiosísimo auxiliar de esta.

—Pero Candy estaba en Nueva Orleans, y Tambs aquí.

—¿Aquí? Tambs estaba en todas partes. Su presunto negocio de suministros eléctricos tiene casa en San Francisco, en Los Ángeles, en Houston, en Nueva Orleans, en Filadelfia, en Chicago, en Kansas City, en

Boston, en Washington, en Atlantic City, en San Luis y en Nueva York. Sospecho que olvido alguna.

—¿Qué hacía en realidad?

—Trata de blancas y tráfico de estupefacientes.

—¿Tambs? —exclamó el periodista, incrédulo. Estaba evocando el cuerpo humano tendido entre los sillones del despacho del almacén—. No parecía precisamente un pez gordo.

—En ello residía su peligrosidad. Era un pez gordo, Butlin. Durante algún tiempo creímos incluso que era él quien dirigía la organización clandestina que el caso Bernini había puesto en evidencia. Tal organización existe. Candy Jones fue uno de sus ganchos; Bernini, una de sus víctimas, y al propio tiempo uno de sus agentes ejecutivos. Luther Tambs parecía la persona apropiada para regentar semejante negocio.

—¿Y no?

—Fue solamente un colaborador, uno que aprovechó la ocasión de pescar en río revuelto. Le cercamos, le asediamos, le echamos prácticamente la cuerda al cuello. Ignoro si hubiéramos conseguido o no algo de él, pero tuvimos la suerte de que en aquel momento se indispusiera con la organización. Accedió a tratar con nosotros. Salió de Nueva Orleans huyendo de sus antiguos camaradas. Estaba dispuesto a revelarlo todo... Imagine, Butlin: construyendo la acusación contra Giacomo Bernini desarticulábamos una banda completa. Comparada con Tambs, Candy Jones era un testigo sin importancia.

—¿Eso tenía que ocurrir esta noche?

—Sí. Yo fui designada enlace, y Larry Spiegel operaba conmigo en misión de cobertura. Ya ha visto cómo terminó todo: Candy y Tambs han sido asesinados. Una desgracia. La acusación contra Bernini se ha derrumbado. La organización, advertida, tomará precauciones. Hemos fracasado en todos los terrenos.

—¿Quién es Larry Spiegel?

—El hombre que intentó proteger mi fuga en el aparcamiento del «Simba».

—¿Sección «C»?

—Sí. Larry pertenece a nuestra célula de San Francisco. Entró a trabajar en el club apenas Candy expresó su deseo de abandonar Nueva Orleans y obtener contrato aquí.

—Si no era Luther Tambs quien dirigía la organización, ¿quién la dirige?

Nora contempló el fondo de su vacía taza de café.

—De eso, Butlin, no tenemos la menor idea.

CAPÍTULO VIII

Hundido en un sillón, extendidas las piernas, Sam pasó mentalmente revista a lo que Nora O'Neill acababa de contarle. Solo en cierta medida le había sorprendido. Se daba ahora cuenta de que desde el principio intuyó que en la breve y rápida cadena de sucesos iniciados en el «Simba Club» se hallaba implicada una cuestión de vastos alcances. La cuestión era nada menos que el descubrimiento de una organización de espionaje. Le hubiera gustado saber qué pensaría de ello el teniente Laddy.

—¿Por qué me ha revelado todo eso? —inquirió—. Soy un periodista. Ha puesto en mis manos la información más importante con que he tropezado en mi carrera, y nada me impide tomar el teléfono y dictarla a mi periódico. ¿Por qué lo ha hecho, señorita O'Neill?

La muchacha le miraba sonriendo.

—¿Por qué me ha traído usted a su casa y me ha dado plena libertad para marcharme?

—No lo sé.

—Supongamos que nos inspiramos mutuamente instintiva confianza, y que uno y otro necesitamos ayuda.

—Usted la necesita.

—Y usted, Butlin.

El frunció el entrecejo.

—¿Para qué yo?

—¿De veras quiere que se lo diga?

—No la comprendo.

Los ojos de la joven se posaron un instante en la puerta cerrada del contiguo dormitorio.

—Butlin, puede que empiece usted por no comprenderse a sí mismo. No voy a inmiscuirme en sus asuntos personales. Sin embargo, hace un momento, cuando he vuelto a entrar aquí y le he sorprendido en la puerta de ese cuarto, su actitud me ha dicho lo suficiente. Su actitud y el propio cuarto... ¿Por qué no me mira a la cara, Butlin?

Sam la miró a la cara. Articuló:

—No diga tonterías.

—Lo único que pretendo decirle es que usted también necesita ayuda. La necesita para vivir.

Él se alzó bruscamente del sillón.

—Traeré más soda.

—Muy bien, traiga más soda. Haga lo que guste. Odia la compasión del prójimo, se subleva su orgullo, se inflama su susceptibilidad... Traiga más soda, Butlin, y hablemos un rato del tiempo.

Sam no replicó. Anduvo en dirección a la cocina. Cuando regresó, con una botella de soda recién sacada de la nevera, Nora, en pie había conectado la radio y movía el dial buscando una emisora.

Él dijo:

—Es posible que no haya usted fracasado como teme. O por lo menos, que sea prematuro afirmarlo. Yo puedo ofrecerle una pista.

—Prefiere ayudar a que le ayuden —asintió ella, mirándole de reojo—. ¿Y si yo le hubiera endosado una sarta de mentiras para salir del paso?

Sam ignoró la observación y la pregunta.

—Cuénteme lo que ocurrió a su llegada al almacén de Tambs.

—Hallé la puerta abierta —Nora había encontrado un programa de su agrado. Se apartó de la radio para regresar al diván. Su lento y airoso caminar imprimía a la falda de su vestido blanco suave vaivén—. Presentí al instante que algo malo había sucedido, porque la situación de Tambs no era como para dejar puertas abiertas. De todos modos, subí a la oficina y me dirigí al despacho. Antes de que llegara se apagaron las luces, que estaban encendidas. Me refugié donde pude y esperé lo que me pareció una eternidad, aunque no debieron ser sino pocos minutos. Primero no se oía nada. Luego sonaron unos pasos, a intervalos, como si alguien recorriera cortos trechos y se detuviese. Luego llegó usted. Su coche se paró en la calle. Usted subió la escalera y comenzó a encender cerillas. Pensé que algo ocurriría de un momento a otro, que el hombre que había estado moviéndose de acá para allá intervendría, pero no ocurrió así. Desde mi escondrijo vislumbré cómo usted descubría un cuerpo en el despacho de Tambs y cómo lo registraba y se apropiaba su cartera. Los pasos, entonces, volvieron a sonar. El hombre escapó escaleras abajo, y usted fue tras él. Esperé todavía algún tiempo. Me decidí finalmente a salir, vi que el cuerpo del despacho era el de Tambs y comprendí que lo que el desconocido hacía caminando de un lado a otro en las tinieblas era buscarme para aplicarme el mismo tratamiento... Lo dejé todo como estaba, y me marché.

—¿Cuándo y dónde volvió a verme?

—Hace un rato, en el aparcamiento del club.

—Pero, ¿no me siguió hasta allí?

—No. Iba en busca de Larry Spiegel. Había perdido por completo el contacto con él desde que abandoné el «Simba», y no sabía dónde encontrarle.

—¿Y no le encontró?

—Acababa de llegar cuando le vi a usted.

—Larry Spiegel, si no me equivoco, estaba momentos antes en el club.

Escapó de la policía como un vulgar ladrón.

Nora movió afirmativamente la cabeza.

—Eso sería muy propio de Larry... ¿Qué era lo que hacía? ¿Lo sabe?

—Registraba el camerino de Candy Jones.

—Ya. Trabajo inútil...

Sam consultó su reloj.

—Ignoro el valor que, después de tanto tiempo, tendrá la pista que voy a brindarle, pero creo que merece la pena averiguar adónde conduce. Había un hombre, es cierto, oculto en las oficinas de Tambbs; casi con seguridad el asesino de este. Yo salí tras él. Su persecución me condujo a un barrio nuevo que no conozco, una zona sin apenas urbanizar donde se alzan, algunos chalets baratos. Allí sostuvimos un tiroteo, yo con la pistola que le había quitado a Spiegel. Herí al hombre, y desapareció. Buscando el lugar donde, podía haberse ocultado, me introduje en una de las casas próximas, la única que parecía habitada. Hallé, en ella a una mujer que dijo llamarse Sara Dewey joven, muy bonita. Se burló de mí. Me tendió una trampa, y alguien a quién no vi me golpeó por la espalda y me tumbó sin conocimiento. Lo recobré en el Precinto Doce: un patrullero me había encontrado tendido en la calle. Estaba en el lado opuesto de la ciudad.

Nora preguntó sorprendida:

—¿Le dejaron vivo?

—Según el teniente Laddy, me dejaron vivo, porque lo que había visto carecía de importancia.

La joven reflexionaba.

—No, no puede carecer de importancia. ¿Cómo era la mujer?

—Muy atractiva, muy segura de sí misma, muy hábil para fingir. Ojos pardos, grandes, expresivos. Rostro de pómulos altos y mentón resuelto, labios sensuales, magnífica figura...

—¿Cómo tenía el cabello?

—Castaño. Con un mechón casi rubio.

—¿En el lado izquierdo?

—Eso es.

—¡Sara Dewey! Jamás oí ese nombre. El que siempre usa es Celeste Mac Bride.

—O sea, que usted la conoce.

—La conozco yo, y mucha gente en Nueva Orleans. Hizo famoso un número de *strip-tease* en el «Folies Marsellais», hasta que se retiró de la circulación. Decían que era la amiga de Stephen Carson. Si fuera cierto...

—¿Qué?

—Carson podría ser el jefe de la banda, o estar muy cerca del jefe.

—¿Quién es Stephen Carson?

—En Nueva Orleans, un personaje. Cinco años de cárcel en su

prontuario y cuatro absoluciones por falta de pruebas. Chantaje. Su actividad oficial es la de financiero, pero nadie sabe exactamente qué finanzas practica. Sean cuales sean, le permiten vivir como un pacha.

—¿Celeste Mac Bride reside habitualmente en Nueva Orleans?

—Por supuesto.

—Es significativo, ¿no? que esta noche se encuentre en San Francisco, y tan cerca del cadáver de Luther Tambs.

Nora se mordió los labios.

—Debo encontrar a Larry Spiegel. ¿Tiene usted teléfono, Butlin?

Sam señaló el aparato. Mientras la muchacha lo utilizaba, él tomó de la biblioteca un plano de la ciudad, retiró hacia un extremo de la mesa vasos y tazas, y lo desplegó.

Después de varios intentos, Nora colgó el teléfono sin haber obtenido comunicación.

—Es desesperante —dijo—. Y, sin embargo... Esa casa donde estaba Celeste Mac Bride... ¡Oh, Butlin, no puedo continuar perdiendo el tiempo aquí! ¡Acabaré de estropearlo todo!

Él tenía un dedo apoyado sobre el plano.

—Vea.

—¿Y bien?

—Hartfield Garden, Ellis Square, Crab Lana. El almacén de Tambs. Desde el almacén, el hombre y yo corrimos calle abajo, luego doblamos a la derecha. Más allá, en el plano no figuran más que campos: es la nueva urbanización. Si quiere, buscaremos sobre el terreno la casa de Celeste Mac Bride. No veo otra posibilidad.

Nora no miraba el plano, sino a Sam.

—¿Usted y yo?

—¿Por qué no?

—Vamos. ¿Qué ha sido de mi pistola?

—En mi bolsillo.

La muchacha sonrió.

—Déjela ahí.

Se movía con aplomo, resueltamente, camino ya de la puerta. El *whisky*, el café y las aspirinas habían neutralizado patentemente los efectos del golpe. Había algo magnético en su persona, una forma de energía concentrada que atraía poderosamente. Sam, detrás de ella, admiró por el largo escote de su vestido el delicado juego de sus músculos dorsales, el color mate, seco y fino de su piel, la exquisita línea de sus brazos y sus hombros. Sentía dentro de sí el impacto de la vitalidad que emanaba de la muchacha, la fuerza y el calor, como se sienten en presencia de un animal joven. Nora O'Neill estaba viva, ¡de qué modo!

Estaba viva. ¿Nora? ¿Su nombre era Nora?

Abajo, en la calle, él se instaló al volante del coche. Ella lo hizo a su lado, vuelta ligeramente de costado, para mirarle mientras conducía.

El coche partió hacia Independence Avenue.

Llegaron a Ellis Square sin haber pronunciado rana palabra. Comenzaron a zigzaguear entre las calles para descender por Crab Lane pasando frente al almacén de Tambs. Sam viró a la derecha.

Había un patrullero estacionado a pocos metros de la esquina, provisto de una luz roja.

—¿Qué será?... inició la muchacha.

—Cállese —la atajó él. Detuvo el coche y asomó la cabeza por la ventanilla—. ¿Ellis Square? —preguntó.

Uno de los agentes del patrullero se aproximó.

—¿A dónde van?

—A casa. Doscientos quince, Vauxhall Bulevar.

—¿De dónde vienen?

—De Milton Hill. ¿Qué ocurre, agente? —La voz de Sam reflejó fingido sobresalto—. ¿Algún peligro?

—Nada. Siga por la otra calle y doble a la izquierda para encontrar Ellis Square. Buenas noches.

Sam demarró.

—El tiroteo —dijo—. Vigilan el distrito por causa del tiroteo. No han localizado todavía su origen.

—¿El tiroteo que usted sostuvo?

—Sí. Es posible que no podamos pasar. Lo intentaremos a pie. Serán más difíciles las explicaciones si nos descubren...

Hizo alto antes de llegar a Ellis Square y dejó el coche en un callejón. El barrio dormía. No se oía el más leve rumor.

Prosiguieron a pie, asegurándose de que no había en la calle fuerzas de policía antes de doblar cada esquina. Dieron un rodeo hacia el sur. Fue lento el avance, pero al fin se encontraron en despoblado. Sam reconoció la monótona cuadrícula de solares y chalets en construcción, o terminados, pero vacíos; las calzadas sin pavimentar, las zanjas, las escasas farolas de alumbrado público.

—Mis zapatos —se lamentó Nora en un murmullo—. Se necesitan botas herradas, no zapatos de baile, para andar por aquí.

Sam le tendió la mano para ayudarla a salvar un montículo.

—Suponga que salimos de «picnic».

Ella rio.

—Detesto los «picnics».

La mayor dificultad no consistía en caminar, sino en orientarse. Durante largo rato vagaron sin rumbo fijo, extremando las precauciones para no tropezarse de nuevo con la policía y sin saber jamás exactamente en qué

lugar estaban y si habían o no pasado antes por allí.

Comenzaba a amanecer cuando Sam se detuvo en una encrucijada, una de cuyas calles había sido profundamente excavada. Junto a la zanja se elevaban grandes terraplenes. La luz fantasmal del alba revelaba ya, a cierta distancia y a la izquierda, la existencia de un feo chalet de dos pisos.

El periodista suspiró.

—Creo que hemos llegado. Aquí cambié los disparos con el asesino de Tambs. Aquella es la casa.

—¿Está seguro?

—Hasta el punto que es posible estarlo en este paisaje lunar.

La muchacha se asió de su brazo, con fuerza, descargando en él una parte de su peso. La exploración había significado para ella una tortura. Su frágil calzado y la falda de su vestido estaban increíblemente sucios de barro y polvo.

—Dios nos asista, Butlin —dijo cansadamente—. ¿Qué haremos ahora? ¿Ir a la casa y llamar, como si se tratara del lechero? ¿Forzar una ventana o una puerta?

—¿Qué espera usted encontrar?

—¿Quiere saberlo?

—Sí.

—La muerte. O no habrá nadie en la casa, o Celeste estará sola, o estará acompañada. El último caso equivale, si no me equivoco, a la muerte. ¿Quiere en estas condiciones continuar conmigo?

Sam se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—Butlin, no juegue al heroico y generoso caballero. Yo debo ir a la casa y averiguar quién y qué hay en ella; debo hacerlo porque es mi obligación, especialmente desde que he dejado que Candy Jones y Tambs muriesen; debo hacerlo, aunque no obtenga ningún resultado. Pero usted se quedará aquí. Ha terminado su misión de guía.

—Ha terminado, en efecto —replicó el periodista, entre dientes—. Ahora empieza otra. Vamos allá.

Su mano rodeó con firmeza el codo de la muchacha, para sostenerla. Echó a andar hacia el chalet.

—Butlin, por favor. Esto es una locura.

—Cállese.

Ninguna luz brillaba ahora en la casa. Estaban cerradas las ventanas. El jardín tenía un aspecto mustio y desolado.

Sam sostuvo el alambre de espino para que Nora pasase sin complicaciones. La siguió.

—Bien, ¿qué hacemos? —dijo ella—. ¿Llamar?

No se advertía el menor signo de vida.

—Llamar sería una solución. Si hay alguien ahí, le obligaré a dar la cara.

—Y después, ¿qué?

—¿Se le ocurre una idea mejor?

—No.

—Entonces, vamos.

Una marquesina protegía la puerta principal. En la extraña claridad del amanecer, Sam extendió la mano izquierda y pulsó el botón del timbre. Tenía la derecha oculta en el bolsillo, empuñando la pequeña pistola de Nora.

Se oyó distintamente el sonido del timbre en el interior.

Transcurrió un breve lapso de tiempo.

Una voz de hombre dijo:

—Las dos manos a la vista, pimpollo. Estoy encañonándole.

Sam sintió que un escalofrío le recorría el espinazo. Notó que a Nora, a su lado, se le cortaba el aliento.

Había alguien en la casa. Alguien que no era Celeste Mac Bride.

No se preocupó de averiguar la procedencia de la voz. Sacó la mano del bolsillo. Mantuvo las dos a media altura, con la palma hacia adelante.

La puerta se abrió.

Dos hombres aparecieron en el hueco, uno armado con una metralleta, otro con un revólver. El primero, sin ser alto, debía de pesar ciento veinte kilos, y sus groseras facciones semejabán abolladas. Su nariz rota y su frente abombada mostraban un notable surtido de bolsas, prominencias y cicatrices. Tenía el cabello negro, poco abundante, y la sombra de una sonrisa estúpida vagaba por sus labios.

El segundo hombre, alto y desgarrado, poseía los anchos hombros y los largos brazos de un jugador de baloncesto. El revólver de gran calibre parecía un arma de juguete en su enorme mano.

Fue este hombre quien avanzó un paso y, con diestro ademán, cacheó a Sam y extrajo la pistola de su bolsillo. Luego miró a Nora, como si se propusiera hacer lo mismo con ella, pero se limitó a mostrar los dientes en una mueca caballuna.

—Mamá me inculcó desde la cuna el respeto a las damas —dijo—. Pasen, pimpollos. Ahí al lado, a la derecha.

La iluminación del vestíbulo procedía de una puerta abierta, la misma que el hombre señalaba. Sam asió del brazo a la joven. Notó su piel fría como el hielo.

La habitación situada al otro lado de la puerta era el cuarto de estar que el periodista ya conocía. Lo ocupaban dos personas, ninguna de las cuales era Celeste Mac Bride, alias Sara Dewey. Ambas eran hombres. Uno estaba en mangas de camisa y llevaba un brazo en cabestrillo y vendada la mitad

del cuerpo. El otro, vestido elegantemente con un ligero traje azul noche, camisa blanca, corbata gris y relucientes zapatos negros, sonreía sosteniendo un vaso en la mano, en pie ante la cerrada ventana.

Dijo:

—Confieso que no esperábamos visita, y menos de tal calidad. Estoy atónito. ¿La señorita O'Neill, si no me equivoco? ¿Y el señor Butlin, periodista?

Sam miró a Nora y la vio pálida. Preguntó a media voz:

—¿Es el hombre de quien me habló?

—No es Carson —replicó rápidamente ella—. Pero es Tony Orsetti, su lugarteniente.

El individuo de la metralleta rezongó:

—Hala, adelante. No se queden ahí.

Entraron en el cuarto de estar. A Sam le hubiera gustado saber, primero, por qué aquella gente no había aún, pese a su anterior visita, evacuado la casa; segundo, qué podía ocurrir en adelante, cuál sería el desenlace de aquella forzada situación.

CAPÍTULO IX

Los detectives Mac Gee y Saxon aguardaban en el despacho de Laddy cuando este regresó.

—Hemos exprimido a lo de Spiegel todo el jugo que era posible exprimirle a estas horas —anunció el primero.

El teniente no semejó oírle. Inclinandose, desanudó los cordones de sus zapatos. Luego se quitó la corbata y desabrochó el botón superior de la camisa. Se despojó de la chaqueta, que colgó del respaldo de su sillón, detrás del escritorio. Acomodándose en dicho sillón, colocó los pies descalzos sobre la mesa. Por último encendió un cigarrillo y conectó el interfono.

—Robinson, una jarra de café, pronto. ¿Hay algo?

—Un informe de Nueva Orleans en el télex.

—Pásamelo.

—Han llamado dos veces los de Boxwell Tenace. El pájaro no ha vuelto al nido. Esperan órdenes.

—Dame la comunicación cuando llamen de nuevo. Y el café, Robinson, deprisa... ¡Eh! Toma nota —Laddy consultó su carnet y dictó el número de la placa del «Mercury» que Sam Butlin le había facilitado—. Identifícame este coche. Orden general de detenerlo si es visto por la calle. Y el café, pronto.

Mac Gee ahogaba un bostezo. Bruno Saxon, soñoliento, se había derrumbado en una de las butacas.

Fue él quien preguntó:

—¿Nos escucha?

Laddy miraba al techo con el entrecejo fruncido.

—Adelante.

—Por supuesto —dijo Mac Gee—, hay en ese Spiegel algo irregular, algo que no está conforme, aunque va a costarnos determinar qué demonio es. Del lado de la Oficina de Narcóticos, nada, limpio, sin antecedentes. Pero Spiegel entró a trabajar en el «Simba, Club» hace solamente una semana, o sea que es el más nuevo de los empleados; y entró, además, en circunstancias particulares. Uno de los camareros, un tal Golyan, Peter Golyan, o algo así, fue reclamado inesperadamente por él sindicato para un trabajo especial en Sacramento. En sustitución de Golyan, el propio sindicato envió a Spiegel. De las personas con quienes hemos hablado, ninguna sabía de dónde procede Spiegel, dónde estuvo empleado antes,

quién le metió en el sindicato o quién le envió al «Simba Club», y mucho menos sabía ninguna quién despachó a Golyan a Sacramento ni qué es lo que ha ido a hacer allí. Está claro que un poder superior, y cualquiera sabe de qué poder se trata, presionó para que se realizara la maniobra. En circunstancias normales, se diría que el tejemaneje tuvo por objeto favorecer de algún modo a Golyan... ¿Entiende lo que quiero decir? Da la impresión de que Golyan quería ir a Sacramento y movilizó influencias para dejar temporalmente su empleo en el «Simba» sin perder la plaza, cosa fácil de lograr si simulaba cumplir una misión por encargo del sindicato. Pero, después de lo ocurrido, lo que salta a la vista es que los fines de la operación no eran sino introducir a Larry Spiegel en el club. El hecho se produjo hace una semana, tres días antes de la llegada de Candy Jones. No puede ser una simple coincidencia.

—Es decir, que alguien movió los hilos en el sindicato para que Spiegel formase parte del personal del club cuando Candy Jones empezara a actuar.

—¿No?

—La idea es plausible. Pero falta saber quién fue ese poderoso personaje.

—Mañana lo sabremos.

—¿Algo más?

—Nada. La personalidad de Spiegel es un misterio. Lo único cierto con referencia a él es que no se trata de un camarero profesional; por lo menos, no de un camarero que haya trabajado en San Francisco.

Laddy cerró los ojos. No se trataba de un camarero profesional. Recordó: una cachiporra, una caja de municiones para pistola, dos novelas baratas, un tomo de geopolítica, un libro de poemas, un texto de medicina psicosomática, un manual de cría de perros, un traje, unos zapatos. Esto no definía a un hombre.

¿Quién era Larry Spiegel?

Un agente entró en el despacho con la jarra de café y el informe de Nueva Orleans.

—Está bien, continuad mañana —dijo el teniente—. Es bastante por hoy.

Mac Gee dio a Saxon un pescozón para despabilarle. Los dos detectives salieron con el agente en el preciso instante en que rompía a sonar el teléfono.

—Laddy al habla.

Eran, una vez más, los hombres del patrullero destacado en Boxwell Terrace.

—Luther Tambs no ha regresado. ¿Esperamos aún?

Laddy se pellizcó el labio. Había que hacer algo en relación con Tambs, esto era evidente; pero, ¿qué?

—¿Qué dicen ahí de él?

—Solo está el conserje nocturno, y apenas le conoce. Ese tipo para poco en la ciudad. Pasa la mayor parte del tiempo ausente.

—¿Vive con alguien? ¿Es casado?

—Soltero, al parecer. No, no vive con nadie. Un lobo solitario.

—¿Lobo?

—Es un decir, teniente.

—Seguid esperando hasta que os avise.

—¿Esperando nada más?

Laddy cortó la comunicación sin responder. Conectó el interfono.

—Robinson, llama al juez Murphy. ¿Qué hombres hay disponibles en este momento?

—Finnegan, Dalton y algún otro.

—Dile al juez que necesito una orden de registro para el domicilio de Luther Tambs, Apartamentos Boxwell, seiscientos doce, Boxwell Terrace. Envía a Dalton y a otro a recogerla. Que vayan luego a esas señas y practiquen el registro. Encontrarán de guardia un patrullero.

—Sí, ya sé —respondió la voz del sargento Robinson.

Laddy se recostó en su asiento y exhaló la respiración con un ruido como de fuelle. Permaneció un momento inmóvil. Luego se sirvió una taza de café.

Leyó el informe de Nueva Orleans mientras la bebía. Candy Jones era muy conocida en la ciudad de Louisiana, una figura popular en los espectáculos del barrio francés, protagonista, por añadidura, de sonados escándalos. Su reputación personal era lamentable. Había tenido incesantes cuestiones con la policía por su adhesión a los estupefacientes y se hallaba en estrecha relación con Joe Reeves, sospechoso de dedicarse al tráfico, dos veces procesado por este motivo, una en San Luis y otra en Chicago. Reeves estaba a la sazón en Nueva Orleans, actuando en un programa de televisión.

El F. B. I. se había interesado por Candy Jones, interrogada recientemente como testigo en el caso Giacomo Bernini, su último amigo. La policía de Nueva Orleans nada tenía que ver con ello.

El informe se extendía en otros muchos pormenores que para Laddy carecían de importancia. Dos hechos, que el teniente señaló con una cruz en lápiz rojo, sobresalían entre los demás: el caso Bernini y los estupefacientes. Nadie hasta entonces había mencionado a Giacomo Bernini como amigo de Candy Jones, y acaso la implicación de la bailarina negra en un ruidoso proceso por espionaje extendiera desmesuradamente las perspectivas del asunto. Pero los estupefacientes eran cosa tangible, que él mismo había visto y comprobado.

Tomó el teléfono y llamó al archivo.

—¿Tenéis un «dossier» del caso Bernini, Tommy? —preguntó.

—Recién inaugurado. Es decir, ¿se refiere usted a Giacomo Bernini y a los Laboratorios Balísticos de Latoosa City?

—Creo que sí. Una historia de espionaje.

—Tenemos algo, no mucho. Esa investigación acaba de empezar. Un comité federal ha tomado cartas, pero los resultados de su labor no se han hecho públicos todavía.

—Envíame lo que tengas. Es solo para refrescarme la memoria — Laddy cortó la comunicación para marcar un nuevo número. Esperó sin impacientarse, mientras al otro extremo del hilo sonaba repetidas veces la señal de llamada. Cuando alguien descolgó el aparato, dijo—: Despierta, Chandler.

—Ya no hay remedio: estoy despierto —respondió una voz soñolienta y hastiada—. ¿Quién es el gracioso?

—Laddy.

—Por Dios, Laddy, echa una mirada a tu reloj. ¿Qué quieres a esta hora?

—Llevo toda la noche pisando el camino de la Oficina de Narcóticos. Me ha parecido mejor hablar contigo que con los hombres que tengas de guardia allí.

Hubo un breve silencio.

—Está bien —dijo Chandler, sin vestigios de sueño en la voz—. Supongo que habré de agradecerte la deferencia. ¿Qué ocurre?

—Una bailarina negra llamada Candy Jones, Mary Jones en realidad, ha muerto asesinada en un club nocturno. Procedía de Nueva Orleans, de donde llegó hace cuatro días. Se inyectaba morfina habitualmente, en cantidades considerables: he visto cuatro de las cápsulas utilizadas; un modelo de envase desconocido para mí. En Nueva Orleans se relacionaba con un músico llamado Joe Reeves, procesado en San Luis y Chicago por tráfico de estupefacientes. Ha sido amiga, según me informan, de Giacomo Bernini, el profesor de Latoosa City acusado de perjurio y espionaje, cosa que te digo, aunque no venga a cuento...

—Viene a cuento —interrumpió Chandler—. Bernini se había dado recientemente a las drogas.

—Conforme. Pero de quien quiero hablarte, aparte Candy Jones, es de un sujeto apellidado Tambs que tiene en Crab Lane un almacén de suministros eléctricos y vive en los Apartamentos Boxwell. Luther Tambs: ¿el nombre te dice algo?

—¿Por qué unes ese nombre al asesinato de una negra?

—Se trata de una historia rara, Chandler. La negra murió en el «Simba Club». Una muchacha que se hallaba entre el público salió corriendo al producirse el asesinato y se dirigió sin perder un instante al almacén de

Tambs. Un periodista, intrigado por su actitud, la siguió. No pudo verla en el almacén, pero sí vio a Luther Tambs, muerto, con una puñalada en la espalda. Me llevó más tarde a aquel lugar, para mostrármelo... El cadáver de Tambs había desaparecido y no quedaba el menor rastro de que allí se hubiera cometido un crimen.

—En resumen. ¿Tambs ha muerto, o no ha muerto?

—No lo sé. Y aguardo aún a que respondas si su nombre te dice algo.

—Me dice —suspiró Chandler—. Sería muy gordo que le hubieran matado, Laddy. Luther es caza mayor. Hace yo qué sé el tiempo que los federales corren tras él con las fauces abiertas, y nunca han tenido la menor oportunidad de echarle un bocado. No hablo ya de mí. Sus actividades sobrepasan por todos lados mi esfera.

Los dedos del teniente comenzaron a tamborilear sobre el escritorio.

—¿Debo entender que, efectivamente, Tambs se dedica al tráfico de narcóticos?

—Es una presunción, pero sólida como una roca. Su organización debe de cubrir el país entero, combinada, como suele ocurrir, con la trata de blancas. Ahora, en cuanto a pruebas, ya puedes suponer que los federales no habrían dejado escapar la más mínima evidencia; y Tambs no ha sido jamás denunciado, ni siquiera por exceso de velocidad. Si los federales y yo le hemos puesto la vista encima es por puro instinto, por puro olfato, o llámalo como se te antoje.

Laddy permaneció mudo. Reflexionaba. Intentaba desesperadamente coordinar lo que Chandler le decía con las dispersas informaciones que a lo largo de la noche había reunido. Se daba perfecta cuenta de cómo su mente, desde que inició la investigación, había fluctuado a compás de los acontecimientos: la mujer vestida de blanco, Sam Butlin, Larry Spiegel, Isaac, Luther Tambs... En esta cadena, ¿cuál era el eslabón a que debía agarrarse?

—¿Estás ahí? —preguntó Chandler.

—Sí. ¿Tú sabes quién es Larry Spiegel?

—¿Quién dices?

—Larry Spiegel. ¿Conoces su nombre? ¿Lo asocias al de Tambs?

—Lo siento, Laddy. Creo que no lo había oído nunca. ¿Spiegel? ¿Por qué no llamas a la Oficina? Si tiene prontuario...

—No lo tiene. Tus hombres no saben nada.

—Lo comprobaré personalmente —dijo Chandler, en tono resignado—. Iré dentro de un rato al Departamento. Ya cualquiera duerme... Y si Tambs ha muerto habrá tomate, seguro.

—He pedido un mandamiento para registrar su domicilio.

—¿Sí? Muy bien, enviaré a alguno de los muchachos. Llamo ahora. Hasta pronto, Laddy.

Estaba zumbando el interfono. Laddy lo conectó antes de haber colgado el teléfono.

—Los periodistas —anunció la voz del sargento Robinson—. Acaban de llegar unos cuantos. Dicen que usted les prometió más tela.

El teniente se restregó la frente con el dorso de la mano.

—No hay más. Que se larguen.

Cerró el aparato. Casi inmediatamente repitió este su zumbido.

—Dicen que tiene que haber más y que disponen del tiempo justo para alcanzar las ediciones de la mañana...

—¡Infiernos! —exclamó Laddy, furioso—. ¿Lo saben ellos mejor que yo? ¡Bárrelos de ahí, Robinson!

Abandonó su asiento tras del escritorio y se puso los zapatos. Acababa de ponérselos cuando Tommy Flynn, el agente de guardia en el archivo, compareció con el *dossier* del caso Bernini.

—Son meras informaciones de Prensa —dijo, excusándose—. De poco le van a servir.

—Me bastan.

Sin volver a sentarse, Laddy abrió la carpeta. El agente salió. Simultáneamente zumbó el interfono por tercera vez.

—¿Qué pasa ahora, Robinson?

—Se han marchado —replicó el sargento—, y sospecho que no le van a tratar bien... Ha llegado algo para usted mientras estaban aquí. He esperado a que se fueran...

—Adelante.

—Ese coche, el «Mercury» que usted quería identificar. Tengo los datos. Pertenecen al servicio oficial de la Oficina Federal de Seguridad.

—¿Cómo? —exclamó el teniente.

—Así es. Oficina Federal de Seguridad, delegación de San Francisco, nueve-nueve-dos, avenida Cuatro de Julio.

Laddy respiró profundamente.

—Bueno, eso es todo.

Cerró la comunicación, abandonó la carpeta sobre el escritorio y se precipitó a consultar la guía telefónica. Tenía el rostro levemente congestionado cuando marcó el número.

Obtuvo respuesta enseguida:

—¿Quién? —inquirió secamente una voz de hombre.

—Esta noche —dijo el teniente, recalcando las palabras—, un coche de la Oficina de Seguridad ha sido utilizado por una mujer vestida de blanco que se halla complicada en un crimen cometido en el «Simba Club». ¿Puede usted explicarme eso?

Hubo unos segundos de silencio. La voz traicionó sorpresa:

—¿Con quién hablo?

—Con el teniente Laddy, Oficina Criminal, Departamento Central de Policía de San Francisco.

—Entiendo. ¿Está usted en su despacho?

—Sí.

—Voy para allá.

—¿Quién es usted?

El nombre que transmitió el teléfono dejó atónito a Laddy:

—Me llamo Larry Spiegel.

Por algún tiempo permaneció el teniente inmóvil, con el receptor telefónico en la mano, mirando al vacío. Luego aproximó a su oído el aparato, comprobó que la comunicación estaba cortada y lo depositó en su horquilla.

Abstraído, vertió en la taza el último café. Estaba ya frío, e hizo al beberlo una mueca de disgusto. Pero no sentía en realidad disgusto. Apenas se enteraba ni de que bebía café. Sus actos eran automáticos, tenía el pensamiento a incalculable distancia.

Se había jugado sucio con él. Sam Butlin le habló claro, y precisamente por ello sonaba absurda su historia. La mujer vestida de blanco, el camarero ausente, el muerto escamoteado del almacén, todo aquello formaba una entidad de un modo u otro relacionada con el asesinato de Candy Jones, pero que hasta entonces no comenzó a adquirir consistencia. Se había jugado sucio con él, escamoteándole la auténtica base de las cosas, el genuino sentido de los sucesos del «Simba Club».

Laddy conectó el interfono.

—Otra jarra de café, Robinson. Vendrá un pájaro apellidado Spiegel. Hazlo pasar enseguida...

Larry Spiegel tendría que oírle. ¡Oh, sí, tendría que oírle, por supuesto!

CAPÍTULO X

El sonriente Tony Orsetti bebió un sorbo del líquido ambarino contenido en su vaso.

—Uno vuelve siempre con placer a los sitios donde ha sido tratado amablemente —dijo—. ¿Es eso lo que le ha traído de nuevo a nosotros, señor Butlin? ¿El recuerdo acaso de nuestra seductora amiga Sara... Sara Davis? ¿O era Dewey?

—Puede llamarla Celeste Mac Bride —replicó Sam.

—¡Oh, sabe incluso su verdadero nombre! Perfectamente. Tomen asiento, por favor —Orsetti señaló con un ademán al hombre del vendaje—. Les presento a Ernie Kolmann; un verdadero artista con el cuchillo, pero algo torpe con la pistola... Mucho más torpe que usted, señor Butlin. Sospecho que hay un poco de envidia en la animadversión que Ernie le profesa.

Desde que entró allí había adivinado el periodista que se encontraba ante el individuo a quién hirió en el tiroteo, el fugitivo del almacén, el asesino de Luther Tambs. Un artista con el cuchillo. Le producía íntima satisfacción comprobar que la herida no había sido leve. Ernie Kolmann, hundido en el sillón, lívido, casi inconsciente, revelaba a las claras haber sufrido mucho y perdido abundante sangre.

—Les he dicho que tomen asiento —insistió Orsetti—. Cuestión de unos minutos. Alguien tiene sumo interés en hablar con ustedes, y no se hará esperar.

Nora, silenciosa e impasible, se sentó al borde de una butaca con una rigidez que denotaba la emoción que dominaba a duras penas. Sam miró en torno antes de instalarse a horcajadas en una silla. Los dos pistoleros que les habían franqueado la entrada permanecían en la puerta de comunicación con el vestíbulo. Ni uno ni otro habían depuesto las armas.

—¿Qué pasará después?

Orsetti enarcó una ceja.

—¿Después, señor Butlin?

—Evítenos ese melodrama barato —dijo rudamente el periodista—. Ha de existir una razón para que ustedes continúen aquí habiendo yo visitado esta casa. Ustedes se libraron de mí, pero me dejaron con vida y podían suponer que regresaría un momento u otro, probablemente acompañado de la policía. ¿Qué diantre significa eso?

—Significa un exceso de clemencia por nuestra parte. Un error. Pero

hay errores que no se repiten.

—¿Qué error?

Orsetti respondió cortésmente:

—No haber previsto que la policía bloquearía el distrito alarmada por los disparos que cambiaron usted y el bueno de Ernie. Ciertamente, señor Butlin, nos libramos de usted con delicadeza, que no se atreverá a reprocharnos. Nos tomamos la molestia de trasladarle en coche al extremo opuesto de la ciudad. Y ocurrió que, por desdicha, el coche ya no pudo regresar sin exponerse, de parte de la policía, a una investigación del todo indeseable. Nuestro propósito de evacuar inmediatamente la casa se vio así frustrado. Podemos, desde luego, marcharnos a pie y uno por uno, pero hay aquí cosas que abultan o comprometen demasiado para llevárselas a cuestas con riesgo de tropezarse con un guardia en la primera esquina. Hemos preferido aguardar a que sea día claro. Esto se llena entonces de movimiento: brigadas de obreros, grupos de técnicos, agentes, propietarios y comerciantes, coches y camiones. La vigilancia habrá de ser suspendida.

Pasaremos en, medio del bullicio con absoluta seguridad.

—Pero, ¿y yo? ¿Contaban con que hasta mañana no recobraría el conocimiento?

—Había un margen razonable de esperanza, querido señor Butlin. En previsión de lo contrario, estábamos alerta. La señorita O'Neill y usted han sido, descubiertos, sin que lo notasen, a buena distancia de aquí. El centinela nos ha prevenido. Les hemos dejado acercarse, ¿por qué no? como Hänsel y Gretel a la casita de la bruja. Delicioso —Orsetti se veía verdaderamente complacido—. Nada tenemos que temer. ¿Una inspección de la policía? La policía ha venido ya, y Celeste la ha atendido: usted sabe lo que es eso, señor Butlin, con perdón de la señorita O'Neill. En última instancia, nos queda el recurso de escapar individualmente y a pie, recurso que hubiéramos utilizado de no ser por la gentileza de ustedes al venir solos. ¿Satisfecha su curiosidad, señor Butlin?

—Satisfecha en un sentido —replicó Sam, con aplomo—. Ahora sé que la situación de ustedes es angustiosa, que están estrechamente sitiados y que el menor escándalo, un tiro, por ejemplo, un tiro disparado contra nosotros para impedirnos la fuga, atraería instantáneamente a la policía que acordona el distrito y acarrearía su perdición. Es agradable saber esto, Orsetti.

La sonrisa del *gangster* no se alteró.

—Imagino, sí, que para usted debe de ser agradable.

—Pero me gustaría saber algo más. Entre otras cosas, si va a serme devuelta la cartera que alguno de ustedes le arrebató a la señorita O'Neill en el aparcamiento del «Simba Club».

—¡Oh, qué memoria! —exclamó Orsetti, golpeándose la frente. Hizo

ante Nora una pequeña reverencia—. Había olvidado presentarle mis excusas por la descortesía con que fue usted tratada. Exceso de celo por parte de Jimmy, el muchacho que iba siguiéndola y que se precipitó a actuar creyendo equivocadamente que usted había conseguido del señor Butlin algo importante... En cuanto a esa cartera —el *gangster* volvió a Sam sus húmedos y brillantes ojos—, no tengo, ¡claro que no! inconveniente en devolvérsela. Solo quiero advertirle que en adelante podrá perfectamente pasarse sin la cartera y sin su contenido.

—¿Por qué?

—Eso no lo pregunta un hombre inteligente —Orsetti sacudió apesadumbrado la cabeza—. La respuesta es obvia: porque morirá usted, señor Butlin.

Sam sostuvo fríamente su mirada.

—Le he pedido que nos evite el melodrama barato. Un favor personal.

El *gangster* apuró el vaso de un trago y rompió a reír.

—Lo procuraré —se dirigió a la mesa, donde había botellas y más vasos, para renovar su provisión de líquido—. Le entona a uno tratar con gente que ante el peligro no pierde la faz. ¿Le sirvo un *whisky*? ¿Algún licor para usted, señorita O'Neill?

Desde que se había sentado permanecía Nora inmóvil y en silencio absoluto, inexpresiva, envarada, pero siguiendo la escena con atención. Ahora dejó que la pregunta de Orsetti resbalara sobre ella, como si no la hubiera oído, como si escuchase algo lejano.

Sam la miró fijamente. Dijo:

—La espera se prolonga. ¿Dónde está la persona que tanto interés tiene en hablar con nosotros?

—¿Un *whisky*? —insistió el *gangster*.

—No.

Orsetti volvió a llenar su propio vaso.

—La persona está aquí. Arriba. No se impaciente, señor Butlin. Yo, que usted, aprovecharía para gozar de los pequeños placeres de la existencia...

Le interrumpió un súbito gemido de Ernie Kolmann. El herido se estremeció y entreabrió los ojos.

—Sally —musitó en un suspiro.

Orsetti le acarició delicadamente la cabeza.

—Sally es su novia —explicó a media voz—. Si no vuelve a verla será culpa de usted, señor Butlin. Una pena de muchacho.

—Sería delicioso que reventara ahí —dijo el periodista, con deliberada ferocidad—. No me gustan los tipos que apuñalan, por la espalda. Ni los asesinos de mujeres.

—¡Oh, los asesinos de mujeres! —rio el *gangster*. Se llevó el vaso a la boca—. El espíritu de Jack el Destripador.

—¿Quién lo hizo?

—¿Quién hizo qué?

—Su amado Kolmann apuñaló a Luther Tambs, por supuesto; pero, ni tuvo tiempo de trasladarse desde el «Simba Club» al almacén, anticipándose a la señorita O'Neill y a mí, ni es el buen tirador de pistola que el crimen requería. Nunca ustedes le hubieran confiado aquel trabajo. ¿Quién fue, pues?

—¿De qué está hablando, señor Butlin?

—Del asesinato de Candy Jones.

Orsetti enderezó bruscamente el cuerpo. La sonrisa se esfumó de su rostro como por encanto.

—¿De Candy Jones? —exclamó, modulando las palabras para acentuar su perplejidad—. ¿Qué tiene Candy Jones que ver con esto?

—Pregunto quién la mató.

La mirada que el *gangster* fijó en los ojos de Sam expresaba el mayor desconcierto.

—Debo deducir de sus palabras que Candy Jones ha muerto asesinada, ¿no es así? ¿Candy Jones, una artista negra que actuaba en Nueva Orleans? ¿La que fue amiga de Bernini?

—¿Va a hacerme ahora protestas de inocencia?

Nora se había vuelto para observar a Orsetti. Su fingida indiferencia cedía lugar al asombro.

—Avisa al patrón —ordenó el *gangster* al pistolero alto, secamente, sin asomo de la elegante ironía que hasta entonces demostró—. Dile lo que pasa, ¡pronto! —Se encaró con Sam—. ¿No miente, Butlin? ¿No intenta una añagaza?

—¿Qué le parece?

Orsetti engulló el contenido del vaso de una sola vez.



—¡Estoy encañonándoles!

—¿Cuándo y dónde han matado a Candy?

—Poco antes que Kolmann apuñalara a Tambs. En el «Simba Club».

—¿Cómo fue?

—Le pegaron un tiro mientras actuaba.

—¿En la pista?

—Sí.

—¿Un tiro? ¿En un local lleno de público?

—Sí —repitió el periodista.

Veía, reflejado en su actitud, el esfuerzo mental que Nora estaba realizando para interpretar el giro que tomaban las cosas. Era como un eco de su propio esfuerzo. ¿Qué había sucedido? ¿Sabía Orsetti del asunto mucho menos de lo que, por mera fatuidad, aparentaba saber? ¿Fue

eliminada Candy Jones sin su conocimiento?

Sam no quería creer que aquella pista de trazo recto, tan clara, tan plausible y que estaba dando, por desdicha, tan abundantes frutos, fuera a fin de cuentas una pista falsa. Candy Jones, testigo clave en el caso Bernini, tenía que haber muerto a manos de alguien que quiso imponerle silencio eterno; es decir, a manos de la banda que se había lucrado de los servicios del profesor italiano.

De no ser así, ¿quién y por qué mató a la bailarina?

En el silencio que se había hecho en el cuarto de estar se oyeron pasos que bajaban por una escalera y se aproximaban a través del vestíbulo. Tres personas entraron procedentes de este. Sam miró a Nora y notó que su entrecejo se fruncía.

Una de las personas era Celeste Mac Bride, ataviada ahora con un ceñido vestido de color amarillo limón. Otra era un hombre alto, calvo, de aire fanfarrón y desdenguado, que usaba gafas. La tercera era un individuo de mediana estatura, corpulento, de cabeza ancha, ojos hundidos y cabello rizado dispuesto como una aureola.

El pistolero que marchara a avisarles reapareció detrás de ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó el calvo a Orsetti.

Sam se inclinó hacia Nora.

—¿Es Stephen Carson?

—Sí.

—¿Y el otro?

—No le conozco.

Orsetti respondió:

—Dice Butlin que esta noche han matado a Candy Jones en el «Simba Club», poco antes de que Ernie liquidara a Tambs. Le pegaron un tiro en medio del local, mientras actuaba.

Carson fijó sus duros ojos en el periodista.

—¿Quién hizo eso?

—Ustedes —dijo Sam.

El individuo corpulento articuló con voz suave:

—No tolero que, sin consultarme, se tomen esas iniciativas —una sombra de acento extranjero daba rara entonación a sus palabras—. La situación era suficientemente delicada para que...

—¡Iniciativas! —exclamó Carson desabridamente—. Ninguno de nosotros ha tomado iniciativas, descuide, aunque apuesto a que las cosas irían mejor si las hubiéramos tomado. ¿Tú sabes algo de eso, Tony?

—Lo que ha dicho Butlin —replicó Orsetti.

El calvo se dirigió a Nora:

—La idea de relacionarnos a nosotros con Candy Jones debe de haber partido de usted. Trabaja usted para la Oficina de Seguridad, ¿no? Y la

Oficina tenía los ojos puestos en Candy, porque fue amiga de Bernini.

La joven sostuvo su mirada.

—Y Bernini era miembro de la organización de ustedes, y ustedes la han matado para impedirle que declarase contra ustedes y contra él.

—No me haga reír, paloma. ¿Qué podía declarar Candy Jones? ¿Qué declaró cuando la cocinaron los federales? Era solo una negra embrutecida, ignorante, estúpida y viciosa. ¿De veras esperaban ustedes utilizarla como testigo contra Bernini? Estoy realmente admirado de su candidez.

—Pero ella prometió...

—¡Oh, sus promesas! No me diga que creyeron en ellas. ¿Le parece que yo habría permitido que Candy continuase circulando todo ese tiempo si hubiera sido un peligro para Bernini o para mí? ¿Por quién me toma usted, criatura?

Nora se mordió los labios.

—Sin embargo —dijo Sam—, ustedes mataron a Tambs. Le apuñaló Ernie Kolmann.

—¿Quién lo niega? Tambs era un traidor. El sí podía hundirnos. Se nos escabulló en Nueva Orleans, pero su boca está ya cerrada. Eso nada tiene que ver con Candy Jones.

—Basta de charla inútil —intervino súbitamente el hombre corpulento—. Si ninguno de los muchachos se ha propasado, no hay más que hablar.

Carson se encogió de hombros.

—¿No quería usted interrogar a Butlin?

—Sí —el hombre puso los brazos en jarras y dio un paso hacia Sam—. Detesto el confusionismo. Vamos a ver, usted ha desempeñado en los sucesos de esta noche parte activa; no es un colega de la señorita O'Neill, puesto que uno de los muchachos observó que ella le encañonaba con una pistola en las inmediaciones del «Simba Club», y sin embargo, ha venido ahora en su compañía. Según sus papeles, es un periodista, nada más que eso. Pero acudió al almacén de Tambs, persiguió a Ernie, le hirió de un tiro, y llegó hasta aquí. Quiero saber qué intereses representa. No cejaré, se lo advierto, hasta averiguarlo.

Sam comprendió súbitamente a qué obedecía la extraña conducta de la banda; el hecho de que no hubieran evacuado la casa después de su primera visita, cosa que, de proponérselo, habrían logrado pese a la vigilancia que la policía ejercía en el distrito. Aquel hombre sospechaba que él representaba intereses rivales. Había dado por supuesto que no denunciaría lo ocurrido en el almacén de Tambs, en las zanjas y terraplenes del barrio y, por último, en el chalet. No tuvo, pues, reparo en conservarle la vida, creyéndole suficientemente advertido de que debía mantenerse alejado del asunto. Le consideraba, no propiamente un enemigo, sino un competidor.

El periodista sonrió.

—Comparto su aversión al confusiónismo. Las cartas sobre la mesa, y por riguroso orden. Primero, ¿quién es usted?

—Para las autoridades americanas, Herve Hindemith, comerciante —respondió el hombre, sin titubear—; pero a usted puedo decirle que soy mucho más conocido por el nombre de Fritz Klauss.

—¿Fritz Klauss? —repitió Sam, intrigado.

Iba a añadir que oía este nombre por primera vez cuando reparó en la expresión de Nora. La muchacha había dado un respingo al ser pronunciadas las palabras. Ahora miraba a Klauss casi con avidez, inclinada hacia adelante, firmemente apoyadas las manos en los brazos del sillón.

El hombre hinchó el pecho.

—Klauss en persona, Butlin. ¿Y bien? ¿Qué dice usted?

Fue Nora quien habló:

—Es mentira. Fritz Klauss murió. Le mataron hace un año, en Panamá, los agentes del Servicio Secreto.

—Falla su información, señorita O'Neill —replicó despectivamente Klauss, sin mirarla—. Se me dio por muerto, en efecto, y no en Panamá, sino en Colón: ¿Para qué molestarme en negarlo? La afición de los agentes secretos americanos a la baladronada y su tendencia a creer en sus propias baladronadas tiene un lado sumamente beneficioso. A mí no es tan fácil matarme... ¡Vamos, Butlin! ¿Tiene o no tiene algo que decir?

—Sufrirá usted un desengaño.

—Lo dudo.

—Juzgue por sí mismo —Sam sonreía burlonamente—. Si yo he desempeñado parte activa en los sucesos de esta noche, se debe a Candy Jones, de cuyo asesinato no son, según afirma Carson, responsables usted ni su banda. Me encontraba casualmente en el «Simba Club» cuando murió la negra. Vi que la señorita O'Neill, a quién no conocía, emprendía la fuga, y me chocó su actitud. La seguí. Me condujo sin proponérselo al almacén de Tambs, de donde salí en persecución de Kolmann. Kolmann me trajo a esta casa. No represento, pues, ni siquiera los intereses de mi periódico.

—Eso habrá que discutirlo —dijo Klauss. Consultó su reloj—. No ahora, ni aquí. Ahora tenemos las manos atadas por culpa de la torpeza de ese maldito gorila —señaló con un gesto a Kolmann, y se volvió airado hacia Orsetti—. Fue usted, ¿no? quien eligió a Kolmann para que se ocupara de Tambs y quién le calificó de muy eficiente. ¡Qué gentuza! Ahí puede ver la eficiencia: un ejército de policías alarmados por los disparos de su amiguito, la casa llena de visitantes...

—¡Está bien, Hindemith! —intervino enérgicamente Carson—. Ni Tony ni Ernie tienen la culpa. Tambs ha muerto como usted ordenó. Los policías no tardarán en marcharse. Los visitantes dejarán pronto de ser un

estorbo. No organicemos uno de sus melodramas por una tontería.

Klauss dominó su cólera apretando los puños. Refunfuñó unas palabras ininteligibles y, bruscamente, giró sobre sus talones y abandonó la habitación, sin mirar a Carson, a Sam Butlin ni a nadie, fija la vista en el suelo, gacha la cabeza, como un toro.

Orsetti guiñó un ojo.

—Gracias, patrón.

—¡Empiezo a hartarme de él! —exclamó Carson—. He conocido ya a demasiados semidioses y superhombres, y se me acaba pronto la paciencia. ¡Husky!

El hombre de la metralleta avanzó unos pasos.

—¿Sí?

—Lleva a esos a la habitación del sótano y ciérralos con llave.

Celeste Mac Bride se había dirigido al fondo de la pieza para sentarse junto a la radio, cuyos mandos manipulaba con aire ausente. Habló por primera vez cuando, conminado por la metralleta de Husky, Sam se ponía en pie.

—Espero que me perdone desde el infierno, señor Butlin —dijo.

El tendió la mano a Nora. Respondió por encima del hombro:

—La he perdonado ya. Usted es, por lo menos, bonita, y eso la exime en parte de ser inteligente. Pero sus compañeros no tienen disculpa. En su profesión, la falta de inteligencia conduce a la tumba por el camino más corto.

—Ese alarde de ingenio —dijo Carson, encendiendo un cigarrillo—, ¿pretende ser una amenaza?

—Un vaticinio —replicó Sam—. Vamos, señorita O'Neill.

Salieron al vestíbulo. La puerta del sótano se abría debajo de la escalera. Husky la señaló con la metralleta y, al llegar junto a ella, dio vuelta al interruptor de la luz.

—Bajen.

Comenzaron a bajar. Sam delante, luego Nora, luego el pistolero. La muchacha, que se apoyaba con una mano en el hombro de periodista, dijo con voz velada:

—Supongo que ha entendido que van a matarnos, Butlin; no aquí, para evitar cualquier compromiso con la policía, pero lo harán. De lo contrario no habrían hablado con tan absoluta franqueza.

—He entendido que tal es su intención.

—¿Solo su intención?

La escalera terminaba en un tramo de pasillo que olía a polvo, a humedad y a madera. Había una puerta lateral casi inmediatamente, y otras a cierta distancia. Husky empujó la primera con el pie.

—Aquí.

—Luego le explicaré —dijo Sam a la muchacha. Enderezó súbitamente la cabeza al oír que alguien hablaba arriba, en la planta principal del chalet, con voz alta y excitada—. A no ser...

Husky miró instintivamente hacia la escalera.

Sam, entonces, de un rapidísimo puntapié, hizo saltar la metralleta de sus manos.

CAPÍTULO XI

El pistolero pronunció un juramento y proyectó contra Sam sus ciento veinte kilos. Su propósito era agarrar al periodista para impedirle alcanzar el arma, que había caído un poco más allá, y lo consiguió. Sam intentó escabullirse, se agachó para esquivar la tremenda acometida, pero no disponía de espacio suficiente y la mole de Husky se le echó encima. Fue como si se le echara encima un autobús. Sam resistió, pero se encontró momentáneamente inmovilizado.

Contaba con Nora, empero, y el *gangster*, en cambio, parecía haberse olvidado de ella. La muchacha recogió tranquilamente la metralleta y retrocedió unos pasos.

—¡Suéltele o disparo! —ordenó.

Sam oyó que Husky gemía de coraje. Le aplicó un rodillazo al vientre, distendió los músculos y, con enérgico movimiento, se libró de su presa. Ciego de cólera, el pistolero se abalanzó contra Nora, pero una oportuna zancadilla del periodista le derribó de bruces.

—¡Deme eso!

Tomó el arma de manos de la joven y descargó un culatazo en el cráneo de Husky. Este, a medio levantarse ya, emitió un mugido entrecortado, volvió a caer y quedó inerte.

Arriba estaba sonando el timbre de la puerta exterior. Sonaban pasos apresurados. Había cesado el rumor de voces.

—Si no me equivoco —dijo Sam—, las intenciones de esta gente con respecto a nosotros acaban de frustrarse. Ocurre lo que yo esperaba.

—¿Qué es?

—Hablé de esta casa al teniente Laddy. Por muy cabezota que sea, y lo es, tarde o temprano tenía que localizarla y realizar en ella una investigación.

—¡La policía! —exclamó la muchacha—. ¡Butlin, que no escape Klauss! ¡Que no escape!

Sam ascendió por la escalera metralleta en mano. Asomó cautelosamente por la puerta del vestíbulo y vio únicamente a Celeste Mac Bride, que se dirigía a abrir la puerta de la calle. Observó con sorpresa que había trocado su vestido amarillo por un salto de cama de encaje negro, que en aquel momento, mientras caminaba, terminaba de ceñirse, y sus zapatos por unas chinelas. Su cabello estaba en desorden.

Sonrió. La mujer se aprestaba a representar una de sus farsas en

obsequio de la policía: arrancada de la cama, interrumpido su sueño por el sonido del timbre... Él la había mencionado y descrito a Laddy. La farsa fallaría ahora. El teniente la reconocería en cuanto la viese.

La casa estaba en completo silencio.

Celeste abrió la puerta. No del todo, sino dejándola retenida por una cadena.

—Policía —dijo una voz.

Sam respiró profundamente. Era la voz de Laddy.

—Por favor —suplicó Celeste, con fingida timidez—, muéstreme su credencial. Estoy sola, y me han prevenido... Dijeron los que vinieron antes que algo anormal ocurría en el barrio... Gracias—. Laddy había exhibido su credencial—. Pasen ustedes.

La puerta fue abierta.

El teniente entró. Le seguían dos detectives y un personaje, cuya presencia hizo a Sam fruncir el entrecejo: Larry Spiegel.

El periodista oyó que Nora subía la escalera. Salió entonces tranquilamente al vestíbulo y avanzó hacia Celeste y los recién llegados.

—No se ha dado usted prisa, Laddy —dijo.

El teniente exclamó:

—¿Qué diablo?...

La mujer giró en redondo. Se quedó pasmada. Su cara se descompuso. Pero no hizo nada, no intentó huir ni resistirse.

—¿Han venido ustedes solos? —preguntó Sam.

—La casa está rodeada. ¿Quiere explicarme?...

—Ahora no. Dé la alarma. Hay caza mayor en perspectiva, ¡y no sigan ahí, expuestos a un balazo!

—¡Avisa ahí fuera, Finnegan! —ordenó Laddy.

Se lanzó en busca de protección, desenfundando ya la pistola. Uno de los detectives salió, mientras que el otro corría hacia el cuarto de estar, y Spiegel lo hacía en dirección opuesta.

Sam montó la metralleta y se dirigió a la escalera vigilando atentamente la pequeña galería que formaba el rellano del piso. Apenas comenzó a subir vislumbró en aquella galería un movimiento. Oprimió el gatillo, y el arma rugió enviando una ráfaga hacia lo alto.

—¿Está loco, Butlin? —gritó el teniente—. ¡No se meta en esto!

Abandonó el observatorio que detrás de un sillón se había procurado y corrió también a la escalera. Sam llegaba en aquel momento arriba.

A la derecha de la galería se abrió violentamente una ventana, por la que otra metralleta rompió el fuego. El periodista, que se hallaba fuera del campo de, tiro, vio que el chorro de balas perseguía a Laddy, y retrocedió de un salto para que la ventana entrase en su propio campo. Su metralleta tronó, obligando a la otra a callar un instante, que bastó para que el teniente

ganase la galería.

Laddy resolvió:

—Gracias. ¿Qué pasa aquí?

—¿Le ha hablado Spiegel?

—Sí.

—La plana mayor de la banda está en la casa.

En la galería se iniciaba un pasillo, donde a la sazón no se veía a nadie. El hombre, cuyo movimiento vislumbrara Sam al emprender la ascensión, se había sin duda retirado.

—¡Salgan y entréguese! —gritó el teniente—. ¡Están cercados! ¡Resistir es inútil!

Obtuvo silencio por toda respuesta.

—Vamos —gruñó el periodista.

Se coló en el pasillo. La primera puerta a la derecha correspondía a la habitación por cuya ventana alguien disparó momentos antes. Sin titubear, Sam descargó un violento puntapié contra la cerradura, saltó a un lado y envió una ráfaga a través del hueco.

Entró. Un hombre a quién no había visto hasta entonces, probablemente uno de los que vigilaban en el exterior de la casa cuando él y Nora llegaron, yacía al pie de la ventana, muerto, con el pecho destrozado a balazos.

Sonaban pasos en la escalera. Al regresar Sam al pasillo, Spiegel, un detective y dos agentes se reunieron con Laddy. Este le señaló.

—Es de los nuestros.

Spiegel hizo una mueca, aunque no dijo nada.

Prestas las armas, los policías procedieron a abrir las siguientes puertas. No hallaron a nadie. No parecía haber nadie en todo el piso.

Pero había alguien. Súbitamente irrumpió en el pasillo un grupo de hombres, y se desencadenó el infierno. Sam vislumbró a Orsetti, a Carson y al pistolero alto en el instante en que se arrojaba al suelo para evitar el huracán de balas. La banda semejaba dispuesta a vender caras las vidas, a morir matando. El periodista rodó sobre sí mismo hacia un lado, para refugiarse en una habitación, y apretó el gatillo de la metralleta.

Uno de los agentes cayó. Spiegel lanzó un grito.

Carson y los suyos avanzaban con asombrosa tenacidad, en medio de un horrísono estrépito de disparos que retumbaban ensordecedores en el estrecho ámbito del pasillo. Sam, tendido en el umbral de una puerta, modificó la puntería. Los segundos se hacían eternos en aquel pavoroso pandemónium.

Orsetti rodó por tierra. En un instante quedó Stephen Carson solo en pie, pero no dio más que un paso antes de abrir desesperadamente los brazos y derrumbarse como sus compañeros.

En el pasillo lleno de humo sonó la voz asombrada de Laddy:

—¿Qué demonio es esto? ¿El fin del mundo?

Sam se levantó de un salto. Se había dado perfecta cuenta de que en el grupo cuyos cadáveres tenía ahora delante, no figuraba Fritz Klauss.

La puerta por dónde aquellos hombres habían salido desafiando la muerte estaba a la izquierda. El periodista corrió hacia allí. La halló, no abierta, sino solo entreabierta. Algo, quizá un susurro de su buena suerte, le avisó del peligro.

Se retiró al suelo y abrió completamente la puerta de un manotazo. Sonaron tres disparos casi simultáneos, pero los proyectiles pasaron muy altos por encima de su cabeza.

Sam entró a gatas en la habitación. Vio una fea mesa escritorio, un enorme sofá y dos sillones. Se enderezó rápidamente. Al otro lado del sofá estaba Klauss con un revólver en la mano y un fulgor de locura en los ojos.

Sin saber por qué, el periodista no apretó el gatillo de la metralleta. Saltó salvajemente por encima del sofá, recto contra su enemigo; el tiro de este, precipitado, falló, y Sam le cayó encima como un tigre cae sobre su presa. Le arrancó el revólver. Klauss se hundió y, para Sam, fue una sensación electrizante sentir que se arrugaba bajo su peso. Su puño machacó el rostro del hombre, se mojó de baba y sangre, golpeó en hueso. Klauss chilló como una rata.

De un empujón lo arrojó el periodista al pasillo.

—Vamos, serénese —dijo Laddy—. La fiesta ha terminado.

Había entrado en la habitación y le apoyaba a Sam una mano en el hombro. Fuera, un detective esposaba a Klauss. Larry Spiegel estaba en la puerta; pálido, con un brazo colgante, de cuya mano, completamente roja, goteaba sangre al suelo.

—¿Quién es? —añadió el teniente.

—No lo sé. Dijo llamarse Fritz Klauss.

—¿Klauss? —repitió Spiegel—. ¿Klauss? ¿Es posible?

Sam vio ante el sofá la metralleta que había utilizado y que abandonara inconscientemente en la última lucha. No la tocó. Salió del cuarto y echó a andar pasillo adelante, con Laddy y Spiegel en pos de él, sorteando los cadáveres.

Nora se hallaba de pie en medio del vestíbulo, como esperando. Sonrió cuando les vio bajar la escalera.

—¿Es realmente Fritz Klauss? —le preguntó Spiegel al llegar junto a ella—. ¿Era él quien estaba detrás de todo?

—Eso dijo... Pero, ¡Larry, tu brazo!

—¿Qué importa mi brazo? ¡Fritz Klauss!

Sam se dirigió al cuarto de estar. El *whisky* que estuvo bebiendo Orsetti continuaba sobre la mesa. Se sirvió un vaso.

Parecía imposible: Orsetti, Carson, a quienes había visto moverse y

hablar, poderosos, rebosantes de vida, yacían acribillados en el dramático pasillo del piso superior. Muertos. Acabados. ¿Qué había entre la vida y la muerte? Una barrera no más sólida que una tela de araña. Una bala la perforaba. ¿Una bala? Y una mancha de aceite en el asfalto: un frenazo a destiempo, una baranda que cede, el abismo... La muerte era esto. Geraldine tenía el cuerpo destrozado cuando, en el fondo del abismo, la extrajeron del coche.

Sam apuró el vaso de *whisky* puro.

—¿Un cigarrillo, Butlin?

Laddy, recién llegado del vestíbulo, le miraba a los ojos.

—Sí, gracias. Creo que lo necesito.

—Debo presentarle mis excusas —el teniente hizo funcionar su encendedor—. Luther Tambs está aquí.

—¿Tambs?

—Su cadáver. Esta gente lo retiró del almacén para borrar todo rastro del crimen... No habrán pasado una noche muy agradable, encerrados con el cuerpo en la casa, prácticamente sitiados en ella.

Sam recordó las palabras de Orsetti: «Hay aquí cosas que abultan o comprometen demasiado para llevárselas a cuestras». Ernie Kolmann lo había realmente estropeado todo con su fallido intento de matarle en la calle sin urbanizar. Atraída por los disparos, la policía montó su vigilancia. Quedó un margen de tiempo suficiente para que él, Sam, fuera sacado de la casa, y el cadáver de Tambs conducido a ella, pero luego ya ni el coche que a él la había sacado pudo regresar, ni el cadáver volver a salir. No, no habría sido una noche agradable.

—Esta casa y la sirena que tomaba una ducha existían —añadió Laddy—. Me acuso de no haberle dado crédito a usted, pero no fue del todo culpa mía. Jugaron sucio conmigo, Butlin. Su historia no encajaba en mi visión del caso, y una palabra a tiempo me habría revelado que era mi visión la equivocada. Usted observó en el «Simba Club» la conducta de Spiegel. Para esos tipos que navegan por las alturas federales, los oficiales de policía no somos de fiar. A Spiegel, la palabra a tiempo tuve que arrancársela yo.

Sam tomó la botella de *whisky* y la miró al trasluz. Vertió en su vaso el resto del contenido.

—¿Cómo fue?

—Usted me dio la pista. La placa del coche que utilizaba esa muchacha pertenecía a la Oficina Federada de Seguridad. Llamé, y encontré a Spiegel, que estaba allí esperando a que llamase ella. Como no había recibido noticias suyas y se sentía inquieto por su suerte, acudió a mí despacho en busca de información. Tuvo que explicarme lo que pasaba. Entonces comprendí la importancia de cuanto usted me había contado. Demasiado tarde, temí. Se me ocurrió que los disparos cambiados entre usted y el

asesino de Tambs pudieron ser oídos, llamé al cuartelillo de este distrito, y me enteré, efectivamente, de que el barrio se hallaba vigilado. Todo coincidía con su declaración: las calles sin urbanizar, los chalets baratos, las zanjas y terraplenes... Vine con algunos hombres. Un patrullero había visitado esta casa y hablado con la mujer. No cabía duda —Laddy, pensativo, sopló la ceniza de su cigarrillo y sacudió la cabeza—. Usted me dio la pista. Usted me lo ha dado todo en este caso, Butlin, y se lo ha dado a los de la Oficina de Seguridad. Por ello quiero presentarle humildemente mis excusas.

El periodista bebía el *whisky* a pequeños sorbos.

—¿Cuál es su caso?

—El asesinato de Candy Jones.

—Yo sé lo he dado todo, o casi todo, a Nora O'Neill y Larry Spiegel, pero no a usted. Siento decirle que no fueron Klauss, Carson y los suyos quienes mataron a la negra.

Laddy retrocedió un paso.

—¿Cómo? ¡Por Dios, Butlin!

—Así es. ¿Spiegel le ha hablado del asunto Bernini?

—Sí.

—Pues Candy Jones no era la testigo importante contra Bernini y la organización de espionaje que los de la Oficina creían, o que ella les había hecho creer. No sabía nada que la hiciera peligrosa para Klauss. Este no la temía, no dio orden de matarla; la noticia de su muerte dejó atónitos a él y a sus hombres. Confesaron sin rebozo haber eliminado a Tambs, un traidor dispuesto a venderles, a quién perseguían sin descanso desde Nueva Orleans y por cuya causa, si no me equivoco, la banda se había concentrado en San Francisco y en este chalet. Pero Candy Jones no les interesaba en absoluto.

El teniente buscó con la mirada un sillón y tomó pesadamente asiento.

—Butlin, me deja usted deshecho. Tengo que volver a empezar. ¿Sabe lo que eso significa? ¡Volver a empezar! He trabajado en exclusivo beneficio de la Oficina de Seguridad, ¡de esos malditos presumidos! y mi caso queda tal como estaba. Butlin, no puede ser. ¿Quién mató a Candy Jones?

Sam Butlin ignoraba la respuesta a esta pregunta.

CAPÍTULO XII

Nora entró en el cuarto de estar. Su rostro expresaba cansancio. Su vestido, su maquillaje y su peinado conservaban huellas de la dura e inquietante noche pasada.

Fue en derechura a Sam.

—Quisiera corresponder de algún modo a lo que usted ha hecho por mí, Butlin —dijo—. He pensado que, siendo periodista, tengo un medio excelente. Le ofrezco cuantos datos necesite para relatar la historia interna del caso Bernini, y no me importa que el comité federal o la Oficina me exijan luego responsabilidades por habérselos revelado. Eso, y la captura de Fritz Klauss, puede darle fama en todo el mundo.

Con una extraña sonrisa en los labios, Sam examinaba su casi vacío vaso de *whisky*.

—Es demasiado, señorita O'Neill —replicó a media voz—. Creo que me basta con saber aproximadamente quién es Klauss.

—Antes de mediodía tendrá su historial completo. Lo que el público no sabe ni sabría nunca, lo que jamás se ha dicho...

—Sería preferible ahora; y aproximadamente, señorita O'Neill.

Ella buscó sus ojos con la mirada. Titubeó.

—Bien, ahora solo puedo decirle que Klauss es un veterano espía y agitador profesional. Cooperó durante la guerra con nuestros servicios secretos, pero luego se convirtió en su pesadilla. Desarrolló una intensa labor en beneficio de los agentes soviéticos en la época del espionaje atómico, hasta que se vio obligado a salir del país. Trasladó su campo de acción a Centroamérica. Allí ha sido una figura de capital importancia, especialmente en Guatemala, donde desempeñó un papel decisivo durante la guerra civil. Implacablemente perseguido por nuestros agentes secretos, se le dio por muerto en Panamá, o en Colón, según él dice, donde preparaba una peligrosa organización de sabotaje. No se habían vuelto a saber noticias suyas hasta hoy.

—Comprendo —asintió Sam—. Muchas gracias. Nora se pasó la lengua por los labios.

—Está claro... está claro que Klauss se valió de Stephen Carson para reemprender sus actividades en los Estados Unidos. El pondría la experiencia y el mercado, y Carson los hombres, la influencia y los medios. Klauss puede hacerse pagar muy bien por los agentes extranjeros las informaciones que obtenga.

Laddy se había levantado del sillón.

—¿Ustedes no se conocen? —preguntó el periodista—. El teniente Laddy, la señorita O'Neill.

El policía estrechó la mano de la muchacha.

—Debo marcharme —anunció.

—¿Adónde?

—He reflexionado. Hay un cabo suelto en el caso de Candy Jones. Es por ahora mi única posibilidad.

—Voy con usted —dijo Sam.

Laddy miró a Nora. Ella bajó los ojos.

—Cómo guste.

La joven guardó silencio.

—¿En marcha, Laddy? —insistió el periodista. El teniente tendió de nuevo la mano a Nora.

—Enhorabuena, señorita. Han dado ustedes esta noche un golpe sensacional. Puede sentirse orgullosa, siendo mujer, de haber logrado un éxito semejante, y yo, por mí parte, me sienta orgulloso de haber contribuido a él. Necesita usted descanso. Luego volveremos a vernos.

—Enhorabuena —dijo a su vez Sam—. Espero que Spiegel mejore de sus heridas.

—Sí —murmuró solamente la muchacha.

Al salir del cuarto de estar, que tenía cerrada la persiana y encendida la luz artificial, se sorprendió el periodista descubriendo que era ya día claro. La casa estaba llena de policías. Había otros en el jardín—, y una docena de coches estacionados junto a la cerca de espino.

El teniente llamó por señas a uno de los detectives.

—Ocupate de todo aquí, Finnegan. ¿Cómo está Moffatt?

—Grave. Se lo han llevado al hospital. No sé si llegará vivo.

—Cuando terminéis ve a mi despacho.

El conductor del coche de Laddy acudió al ver a su jefe. Este ordenó:

—Al Hotel Smart.

Sam entró en el vehículo y se sentó junto al teniente. El coche partió. Se alejó de la casa por el difícil camino de las calles sin urbanizar.

—¿Quién es Moffatt?

—El guardia a quién hirieron arriba, en el pasillo —dijo Laddy. Estaba ceñudo, parecía preocupado por algo. Sin que viniera a cuento, añadió—: Bebe usted demasiado, Butlin.

—Bebo la mitad, la décima parte de lo que debería beber —replicó ásperamente el periodista—. ¿Cuál es ese cabo suelto?

El teniente se recostó en el asiento, estiró las piernas, cerró los ojos y suspiró.

—No sé exactamente... Se trata de una idea, de una impresión

subjetiva. En primer lugar, tengo el convencimiento de que Candy Jones se propuso de manera especial venir a San Francisco y actuar en el «Simba Club». Es raro. ¿Por qué ese empeño? En Nueva Orleans conseguía grandes éxitos y estaba perfectamente.

—¿Quién le ha dicho eso? —exclamó Sam.

—Lo he deducido de lo que me contó el director artístico del club y del informe de la policía de Nueva Orleans. ¿Por qué?

—Porque la condición que Candy impuso a los agentes de la Oficina de Seguridad para declarar en el asunto Bernini fue que le consiguieran el contrato en San Francisco.

—¿Y ella no era un testigo importante?

—No.

—Es decir, que fingió serlo, que les siguió la corriente, porque ello favorecía sus fines personales. Magnífico, Butlin.

—¿Y bien?

—Dos personas en el «Club Simba» conocían de antemano a Candy Jones —dijo lentamente el policía—. Habían coincidido con ella en un espectáculo de Nueva Orleans. Son una pareja de baile acrobático, Isaac y Terry, un negro y una negra. Fue un negro el hombre a quién dos testigos vieron en las cercanías del punto de donde partió el disparo, momentos antes de que Candy cayera muerta en la pista.

—¿En esa su idea?

Laddy hizo un vago ademán.

—Una idea. Dicen que Candy Jones jugaba con los hombres, que no tenía escrúpulos. La morfina la había hundido en la abyección... Cuando hablé con esos negros tuve constantemente la sensación de que ella, Terry, estaba como protegiendo, como amparándole a él, Isaac. «Como una gallina a su polluelo», observó Mike Espizito, el propietario del local. Me gustaría interrogar a Isaac a solas.

—¿Supone que Candy vino de Nueva Orleans por Isaac?

—Eso es lo que quiero que él me diga.

Sam enmudeció.

El coche había descendido a la parte baja de la ciudad. Pasó por Platter Square y se dirigió al sur. Dobló una vez a la derecha.

—Creo que es aquí —dijo el conductor.

Un rótulo anunciaba: «Hotel Smart». Era un edificio mal cuidado, mucho más pobre de lo que Laddy esperaba.

Un empleado negro, con la camisa desabrochada, bostezaba detrás del mostrador de recepción. Su actitud denotaba a las claras que tenía el turno de noche y aguardaba de un momento a otro el relevo.

El teniente le mostró su credencial.

—Deseo ver a Isaac.

—¿Isaac? —preguntó el negro, restregándose los ojos—. ¿Qué Isaac, señor?

—Un bailarín que actúa en el «Simba Club».

—¡Oh, el señor Cross! Diecinueve. Primer piso.

—No le avise.

—No podría avisarle, señor. No hay teléfono en las habitaciones.

Laddy, seguido de Sam, subió al primer piso. Puerta diecinueve.

Nadie contestó a la primera llamada.

Tampoco a la segunda.

—Espero que... —comenzó el teniente.

Dejó la frase en el aire. Introdujo resueltamente la mano en un bolsillo y extrajo el manojito de llaves que Sam le viera utilizar en el almacén de Tambs. Pero esta vez no pidió disculpas ni titubeó en usarlo.

La vieja cerradura cedió fácilmente. La puerta se abrió.

La lámpara eléctrica de la habitación estaba encendida. Derramaba una luz amarillenta, lúgubre, sobre el cadáver del muchacho negro tendido en la cama.

Sam no recordaba haberle visto nunca.

—¿Es Isaac?

Restregándose nerviosamente el mentón, Laddy se aproximó a la cama. El muchacho tenía una herida de bala en el pecho. La sangre había, en su derredor, empapado la ropa.

—Sí, es Isaac.

—Entonces...

—No toque nada, Butlin. Vámonos de aquí.

—Pero, ¿y su idea?

El teniente no contestó. Empujó a Sam al pasillo y volvió a emplear su instrumento para cerrar la puerta.

Abajo, el empleado miraba con impaciencia hacia la calle.

—¿El señor Cross ha recibido esta noche alguna visita? —preguntó Laddy—. ¿O le acompañaba alguien cuando vino al hotel?

—¿Una visita, señor? No... ¡Oh, sí! ¡Una visita!

—¿Quién fue?

—Un joven —el empleado consultó su reloj—. Un chico joven.

—¿Cómo era?

—Un chico de color. Ah, con gafas.

El rostro del teniente se endureció de súbito.

—¿Con gafas y un pequeño bigote?

—Exacto, sí, señor. No era una hora apropiada para recibir visitas, pero los artistas, ¿no? han de vivir de noche...

Sam siguió a Laddy a la calle y al coche. Inquirió:

—¿Deja las cosas así? ¿Sin vigilancia? ¿Sin dar aviso?

—No hay tiempo que perder —el teniente se inclinó hacia el conductor—: «Hotel Horniman». No se preocupe, Butlin, avisaré dentro de un momento. Nadie curioseará esa habitación. El conserje del hotel solo piensa en marcharse.

El «Hotel Horniman» estaba en el mismo distrito, a menos de quinientos metros de distancia. Laddy saltó del coche apenas este se detuvo.

—Aquí se hospeda una bailarina que actúa en el «Simba Club» con el nombre de Terry —dijo al conserje, exhibiendo su credencial—. Necesito verla. Haga el favor de no avisarla.

El «Horniman» era también un hotel de negros, pero nuevo y bien decorado, con bonitos sillones y alegres cuadros en las paredes del vestíbulo.

El conserje se encogió de hombros.

—Cuatrocientos doce. Cuarto piso. El ascensor, a la derecha... ¿Puedo pedirle una cosa, oficial?

—¿Qué es?

—Que evite el escándalo.

—Hum —gruñó Laddy.

El interior del ascensor era de color rojo. Cuarto piso. Pasillo alfombrado. Puerta cuatrocientos doce.

Nadie contestó a la primera llamada.

Tampoco a la segunda.

—¿Ha sido ella? —dijo Sam, en voz baja—. ¿Ha sido ella quien lo ha hecho? No estará ahí esperando la visita de la policía, Laddy. Sabe que, en cuanto se descubra el cadáver, todas las sospechas recaerán sobre su persona.

—Ya veremos —replicó el teniente.

Se agachó ante la cerradura y una vez más repitió sus manipulaciones. Ahora no fue tan sencillo, pero la puerta se abrió.

Terry no estaba esperando la visita de la policía. No estaba esperando nada. Yacía muerta sobre la cama, casi en la misma posición que Isaac. A diferencia de este, empuñaba una pistola provista de silenciador, con la cual se había disparado un tiro en la sien derecha.

—Entre, Butlin —ordenó secamente Laddy.

Cerró la puerta.

Sam murmuró:

—Fíjese.

El cadáver de la negra estaba vestido con un kimono blanco y rosa. Junto a la cama, en el suelo, se veía un traje completo de hombre: camisa, corbata, chaqueta, pantalones, zapatos y calcetines. Sobre la mesilla de noche había unas gafas y un pequeño bigote postizo.

Respirando ruidosamente, el policía se dejó caer en una butaca.

—Bien, hemos llegado al final —dijo, con perceptible cansancio—. Y ella llegó antes que nosotros. Le faltó valor para cargar con el peso de su culpa.

Sam, con gesto maquinal, se puso un cigarrillo en la boca.

—Así que fue Terry.

—Sí —Laddy se oprimía la frente con las manos—. Lo noté enseguida: ella amaba a Isaac, pensé incluso si estarían casados; ella, fea, honesta, maternal, protectora, inseparable compañera de trabajo. No podía consentir que él cayera en las garras de una perdida como Candy Jones. Cuando Candy vino de Nueva Orleans expresamente para estar junto a Isaac, la mató. Pero algo falló en sus planes; quizá Isaac la vio en su disfraz masculino, quizá adivinó la verdad, que, para él, no podía ser más que una. Terry sabía que terminaría por denunciarla. Le ha matado. Luego ha descubierto que, muerto Isaac, no valía la pena vivir... Ya ve, Butlin, una intriga pasional, una historia de negros. Dice Mike Espizito —el teniente hizo una mueca— que uno se ríe mucho con las cosas de la gente de color.

Sam encendió su cigarrillo.

—Y con las cosas de la gente blanca.

Laddy le lanzó desde la butaca una mirada fulgurante.

—Márchese. Corra al periódico. Llame desde aquí, si lo desea.

—¿Al periódico?

—¿A dónde, pues? ¡Mil diablos, Butlin! Esa muchacha de la Oficina de Seguridad tenía razón. Es usted afortunado. Ha pescado la información del año, su nombre va a dar la vuelta al mundo. No habrá un reportero en el país que no rabie de envidia cuando lea el relato de sus hazañas de esta noche.

—Usted sabe que no lo he hecho por la información del año.

—¿Por qué, entonces?

—Por vivir.

El teniente se puso en pie.

—Vamos, Butlin, recobre el seso. Fue usted un canalla con esa chica. Ella no pretendía sino ayudarle, como lo pretendo yo. Estaba ofreciéndole más de lo que podía ofrecerle...

—No necesito ayuda.

—Se equivoca.

Sam retrocedió hacia la puerta y la abrió.

—Uno se ríe también mucho con las cosas de la gente blanca, Laddy.

* * *

Sam Butlin regresó a casa en taxi: su coche estaba demasiado lejos, en

el callejón próximo a Ellis Square donde lo dejó al visitar con Nora el chalet de Fritz Klauss.

Compró una botella de *whisky* en la droguería de la esquina. Llevándola bajo el brazo, tomó el ascensor hasta su piso.

Junto a la puerta de su apartamento, sentada en el primer peldaño de la escalera, ella estaba esperándole.

Sam se detuvo en seco al verla.

—¿Se ha vuelto loca?

La muchacha se puso en pie. Tenía el rostro desencajado por la fatiga, sucio y arrugado el vestido, el cabello en desorden, pero en sus ojos ardía una llama.

—Le dije antes, Butlin, que quiero corresponder de algún modo a lo que usted ha hecho por mí.

—Está loca. Márchese.

—¡No! Dígame, ¿me parezco yo a ella?

—¡Márchese!

—Responda a mí pregunta.

—¿De quién habla?

—De ella. De la que apoyaba su cabeza en la almohada contigua a la suya. Usted estaba mirando esa almohada cuando yo regresé a su apartamento, y era, al mirarla, un hombre distinto. ¿Yo me parezco a ella? ¿Por eso se fijó en mí en el «Simba Club»?

Sam se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—Sí.

—¿Era su esposa?

—Sí.

—¿Qué pasó? ¿Ha muerto?

—Murió en un accidente.

—¿Hace poco?

El inclinó la cabeza. Murmuró:

—Sí, muy poco.

Nora avanzó y, con delicadeza, tomó la botella de debajo de su brazo. Le asió de la mano.

—Está usted rendido —dijo dulcemente—. Necesita un baño tibio y un par de tazas de café. ¿Olvida que le espera un día de trabajo en el periódico? Vamos, Butlin.

Sam, en silencio, se dejó conducir.

¿Qué había entre la muerte y la vida? Una barrera no más sólida que una tela de araña. Cualquier cosa, cualquier nimiedad —una mancha de aceite en el asfalto—, podía desgarrarla. Era asombroso descubrir ahora que el suave contacto de una mano amiga podía en un instante volver a componerla.

¿Quién era ella? ¿De dónde venía? ¿Por qué dejaba tras de sí, como únicos rastros de su presencia, un penetrante perfume de gardenia y un cadáver, víctima de sus venenos?... ¡Nadie lo sabía!



LA DAMA USABA VENENO

Así ha titulado su último y trepidante relato, el gran escritor

DONALD CURTIS

¡Un enigma apasionante y violento, una carrera de sangre y terror a través de siete días de permiso en San Francisco! ¡MARTY KANE, oficial de aviación, había ido a casarse... y encontró a su prometida acusada de asesinato!

LA DAMA USABA VENENO

No deje escapar esta magnífica oportunidad que le ofrecerá la próxima semana la famosa

COLECCION SERVICIO SECRETO

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

619 — Rosa Alcázar
LA VIDA DE UNA MUJER

COLEC. "MADREPERLA"

515 — Mary Vidal
MI CARINO NO SE COMPRA

COLECCION "ROSAURA"

459 — May Carré
SE BUSCA UNA HEREDERA

COLECCION "AMAPOLA"

346 — Javier Catá
HAY ALGO QUE NOS UNE

COLECCION "ALONDRA"

298 — G. Colomer
LA ISLA OLVIDADA

COLECCION "CAMELIA"

240 — Rosa Alcázar
ESTRELLA DEL SUR

COLECCION "ORQUIDEA"

209 — Matilde Redón Chirón
CAMELIAS PARA LA
EMPERATRIZ

COLECCION "CORAL"

88 — Corín Tellado
¡AQUELLA MUCHACHA!

COLECCION "BISONTE"

560 — Meadow Castle
ESPEJISMO FATAL

COL. "SERVICIO SECRETO"

424 — Mark Halloran
MUERTE BAJO LOS FOCOS

COLECCION "BUFALO"

257 — George H. White
A PUNTA DE LATIGO

COLECCION "CALIFORNIA"

104 — M. L. Estefanía
MANOS TRAGICAS

COLECCION "TEXAS"

125 — M. L. Estefanía
PROMESA CUMPLIDA

COLECCION "COLORADO"

49 — M. L. Estefanía
LOS PISTOLEROS

COLECCION "KANSAS"

15 — Fidel Prado
RACIMO PARA LA HORCA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Proyecto, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

¡SUGESTIVOS!
¡DE GRAN VALOR CULTURAL!

La más completa selección de cromos educativos
aparecidos hasta la fecha, son los que componen la
maravillosa

COLECCION
HISTORIA NATURAL

¡Una verdadera enciclopedia al alcance de todos
los bolsillos, en una magnífica serie de 500 cromos
a todo color!

COLECCION
HISTORIA NATURAL

Precio del sobre conteniendo 2 cromos... 35 cms.
" " " " 6 " ... 1 pta.

¡ADEMAS! Se pueden adquirir también los álbu-
mes I y II en una bella edición de lujo al precio
de 15 ptas. cada uno

¡Muy pronto se pondrán a la venta en todos
los establecimientos del ramo!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡ CUIDADO !

¿Ya vigila usted su salud?

¿Nota síntomas de cansancio inmotivado?

¿Le duelen a menudo las articulaciones?

¿La artritis es una terrible enfermedad!

El artrítico es un hombre que, tras continuos sufrimientos, puede quedar imposibilitado para la vida normal

**¡EVITE USTED, Y CURE SI ES ARTRITICO
EN PRINCIPIO, ESTA PELIGROSA DOLEN-
CIA!**

La popular

COLECCION IBIS

le ofrece un libro de extraordinario valor

ARTRITIS Y SENTIDO COMUN

Por el Dr. Dan Dale Alexander, Ph. D.

En él encontrará los consejos y fórmulas necesarias para evitar y curar el artrismo

Precio del ejemplar: 65 Pts.

Una exclusiva de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Barcelona



*Era una lucha a muerte
entre vaqueros y la úl-
tima descendiente del
mayor ovejero de la re-
gión, vilmente asesina-
do...*

Era un odio mortal ha-
cia las...

HORDAS BLANCAS

o inmensos rebaños de ovejas, lo que impulsaba a
los vaqueros a asesinar sin contemplaciones

DONALD CURTIS

es el autor de esta gran novela, una de las más
emocionantes publicadas hasta la fecha

HORDAS BLANCAS

¡La historia de una muchacha indomable que hizo
frente, ella sola, a todos los vaqueros de la Cuenca
de Humboldt, inundándola en un mar de blancas
ovejas!

COLECCION BUFALO EXTRA

se complacerá en presentarla en su próximo número

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto 2

BARCELONA



*Huyendo de la justicia
de Arizona, tuvo que
hacer frente a los temi-
dos...*

RURALES DE SONORA

Tal es el título del más
reciente y trepidante re-
lato del famosísimo

PETER DEBRY

¡Los disparos señalaban su camino, pero entre aque-
llas balas que le amenazaban, una, indefectiblemen-
te, debía llevar su nombre!

RURALES DE SONORA

Es una novela excepcional que

COLECCION BISONTE EXTRA

publicará en su próximo número

¡No deje de leerla!

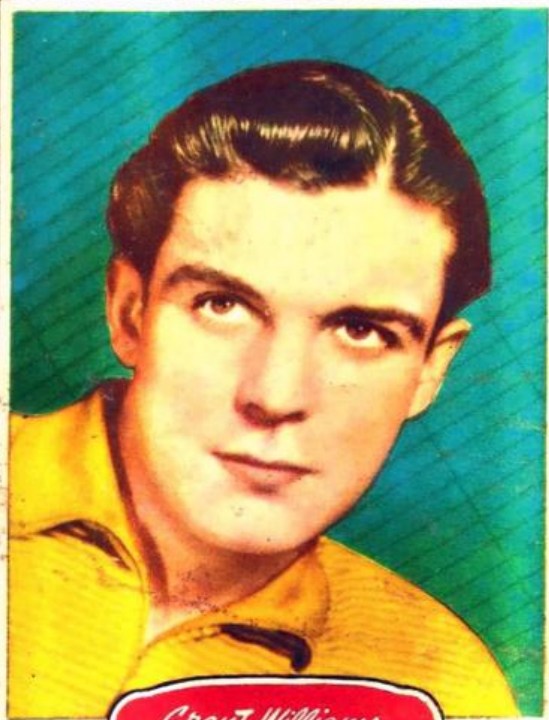
Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Grant Williams

N.º 751 Nacido en Nueva York, en agosto de 1930, es actualmente otra promesa del cine de Hollywood. Ha interpretado varias películas, entre ellas, "Proa al sol" y "Monstruos de piedra".

Foto UNIVERSAL INTERNATIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: \$4'50